

OBJECIONES AL MONISMO LINGÜÍSTICO-RELIGIOSO DE JULIO C. SALAS

Profesor Bruno Manara*

Abstract:

Dr. Julio César Salas maintains that the religions of primitive peoples, especially of the American indians, and the human language, have the same origin. He aims to demonstrate his thesis searching for "religious" roots in any of the world languages, particularly of the American indians. However, this association between language and religion does not seem convincing, since Dr. Salas arbitrarily creates word "roots", and alters some words in order to support several statements of his. In addition, his only argument to associate words of the most distant languages in time and space is their phonetic similitude. In so doing he arrives at arbitrary and absurd statements. Dr. Salas' thesis is objected just on linguistic arguments.

Key words

Language, semantics, phonetics, religion, anthropology.

INTRODUCCIÓN

El abogado, sociólogo, etnólogo, escritor y profesor merideño Julio César Salas (1870-1933) nos suscitó mucha admiración con sus libros acerca de los indígenas americanos, y en particular los timotes de los Andes merideños (que él llama "mucus"), de los cuales hasta finales del siglo XIX casi nada se había es-

* El Profesor **Bruno J. Manara** es Licenciado en Letras por la UCV el año 1973. Ha enseñado castellano, literatura y latín. Es graduado en el Instituto Pedagógico de Caracas (IPC). Enseña griego bíblico y latín en el ITER desde el año 1993; y de latín ahí mismo y para Botánicos en el Postgrado de Agronomía (UCV-Maracay). Autor de un texto de *Latín y Griego Básicos para Botánicos* (Fund. Planchart, 1995). Incurrió en la investigación de la literatura oral popular. En particular sus trabajos: *El Jefe, Gregorio Camacho* (1985), *María Lionza, su entidad, su culto y la cosmovisión anexa* (UCV, 1995), y *El mundo de Gregorio Camacho, espiritista yaracuyano* (UCAB-ITER, 2002). Más reciente es su libro *Compendio de Gramática latina y griega para uso taxonómico* (Fundación Instituto Botánico de Venezuela, Caracas 2008). Correo electrónico manara3939@yahoo.com

critico; pero, a nuestro pesar, nos vemos obligados a criticar algunas afirmaciones lingüístico-religiosas que no compartimos.

Desde niño, Julio César Salas se sintió atraído por los libros de la bien surtida biblioteca de su padre, el Dr. Federico Salas Roo, quien supo inculcarle el amor al estudio y al trabajo. Como resultado, en 1893 en la Universidad de Los Andes (ULA) obtuvo el título de Abogado y Doctor en Ciencias Políticas con las más altas calificaciones en todos los cursos. Sin embargo, al poco tiempo abandonó su profesión, porque “ejercer la carrera de abogado en ciertos países no significa ciencia, sino intriga”.

Se dedicó entonces, durante unos diez años, al estudio privado de la sociología, etnología, historia e investigación documental, a la vez que cultivaba la hacienda de su padre y fundaba en Ejido por su cuenta dos haciendas de café, gracias a lo cual, como él dice, logró la independencia económica.

Al mismo tiempo, producía y distribuía gratuitamente una hoja periódica titulada “Paz y Trabajo”, con artículos acerca de temas agrícolas, comercio, industrias, economía política e historia regional, para lo cual se basaba en documentos inéditos de los archivos merideños. Viajó a España a expensas propias, y en el Archivo de Indias de Sevilla, y en la Biblioteca Real de Madrid acumuló un caudal de informaciones inéditas sobre la población aborigen de América y la historia colonial de Venezuela, que desbordaron el ámbito histórico y etnográfico meramente local, y se explayaban hacia territorios mucho más amplios. De resultas, en 1908 publicó su primer libro: *Tierra Firme (Venezuela y Colombia): Estudios sobre Etnología e Historia*, que lo catapultó a nivel internacional en el campo de los estudios americanistas, a tal punto que la Academia Colombiana de la Historia lo nombró su socio correspondiente.

Habiendo alcanzado notable fama en el campo científico internacional, en 1911 las autoridades académicas le pidieron que dictara una conferencia en la Universidad de Los Andes (ULA), con motivo del Primer Centenario de la Independencia de Venezuela. La aceptación y general aplauso de los asistentes lo indujeron a publicar su exposición en un folleto titulado: “Sobre la necesidad de adaptar la legislación de Venezuela al medio etnológico”.

Fue así como a partir del año siguiente comenzó a regentar la cátedra de Economía Política en la Universidad de Mérida (ULA), y además inició la cátedra de Sociología por el método de conferencias, que eran publicadas tanto por la prensa regional, como por algunas revistas científicas internacionales, y luego

fueron reunidas en el libro *Lecciones de Sociología aplicada a la América* (Barcelona, Esp., 1914). Cuatro años más tarde, con unos amigos fundó en Caracas la Sociedad de Americanistas de Venezuela, de la cual fue presidente, y además director de la efímera revista (4 números) de la Sociedad.

Al mismo tiempo que se ocupaba de la docencia universitaria, proseguía sus estudios e investigaciones, que motivaron otros libros suyos como: *Civilización y Barbarie, - ensayo sobre sociología americana* (1920), *Etnografía de Venezuela -los Aborígenes de la Cordillera de los Andes* (1921), y por último *Los Indios Caribes -estudio sobre el mito de la antropofagia* (1921), en que desautoriza sistemáticamente a todos los viejos cronistas y conquistadores, desde Colón en adelante, que hablan de la existencia de la antropofagia entre los indígenas americanos.

Como suele suceder, su entereza moral frente a la “sociedad de aduladores y pillastres de toda laya que cantaba loores a la corrupción administrativa” de su época, creó un cerco de frialdad a su alrededor; pero, en compensación, por ser reconocido a nivel internacional como autoridad sobre temas indigenistas americanos, fue invitado a formar parte de la Sociedad de Indigenistas de París. En su condición de tal, en 1924 participó en el Congreso de Americanistas de La Haya y Gottenburg, donde presentó un esquema de su proyectada obra *Orígenes Americanos*, con estudios de las religiones e idiomas indios comparados y plan general de trabajo, que cuatro años más tarde, en Nueva York, en el XXIII Congreso de Americanistas, anunció como concluido.

Ese fue el gran proyecto vital de Julio César Salas, un gran *Diccionario Comparado* en 16 volúmenes, con más de 200.000 entradas en orden alfabético, de 505 idiomas y dialectos de toda América, comparados con los correspondientes de casi 600 lenguas de Europa, Asia, África y Oceanía. Este trabajo ciclópeo, fruto de la tenaz dedicación de 25 años, llenaba de orgullo al autor, quien declara que su *Diccionario Comparado* “se puede considerar básico respecto a la Prehistoria de América, pues se demuestra claramente la unidad de las Religiones y Lenguas del mundo, obteniéndose por comparación el valor semántico de las voces y raíces de cualquier idioma con respecto a los factores sociológicos o del mundo físico, asistiendo, podemos decirlo, al nacimiento de los Dioses, de las Religiones y del Habla y Escritura que tienen la misma cuna”. Por ser tan extenso y costoso, no halló cómo publicarlo a sus expensas, como solía con sus obras, y clamó, aunque en vano, por instituciones culturales que pusieran interés en darlo a la luz pública.

Consecuencia del trabajo anterior fueron varios “Reparos etimológicos al Diccionario de la Academia Española”, publicados en el diario *El Universal*, de Caracas, y “Las Religiones Indias y el Cristianismo Universal”. Escribió, además, otros trabajos sobre temas etnográficos, geopolíticos y sociológicos, y memorias personales.

El autor murió en 1933, y sus herederos publicaron el año siguiente un pequeño libro póstumo, titulado *Estudios americanistas* (reeditado en el año 2000 por la Fundación Julio C. Salas), con cuatro capítulos:

1. Orígenes americanos, donde se hace un estudio comparativo sobre las lenguas y religiones indígenas de América Latina.
2. La Cruz
3. Pan y Padre Nuestro
4. Los Dioses Americanos

Este último trabajo, en la edición de 2000, será el objeto de nuestro análisis, y las citas con indicaciones de página entre paréntesis se referirán siempre a esta publicación.

Para comprender mejor la postura intelectual del Dr. Salas en este punto, señalamos que él revive algunas actitudes de los primeros estudiosos sobre los orígenes de los indígenas americanos, en particular de los timoto-cuicas, acerca de quienes casi nada se sabía; y de los Congresos de Americanistas iniciales, en los cuales eran frecuentes las ponencias que buscaban establecer el origen de los aborígenes del Nuevo Mundo asociando tal o cual palabra de cierta lengua americana con las correspondientes de alguna lengua de Oceanía, de Europa o de Asia, pero en particular con el hebreo, el fenicio y el egipcio. Por su parte, ataca con palabras muy duras esa manera de hacer antropología por parte de viajeros y etnógrafos *de visu*, que “vagando por campos que les están vedados por su completa insapiencia (así), encuentran las más peregrinas analogías entre lenguas americanas y las asiáticas que desconocen en absoluto, y en este camino desatentado nos hablan del sánscrito, de los caracteres cuneiformes, del indostano, etc., dándosela de maestros en materias en que ni siquiera son estudiantes, y aun menos, lectores imparciales y metódicos”.¹

1 Salas, J.C. *Los indios Caribes*, p. 20.

La insistencia en asociar a los indígenas americanos con razas de otros continentes finalmente hirió los sentimientos nacionalistas de algunos, a tal punto que en una sesión del Congreso de Americanistas, el representante de los Estados Unidos de América, dando un gran puñetazo sobre la mesa, gritó: *America to the Americans!*

A partir de entonces, en los sucesivos Congresos de Americanistas se dejó de hurgar sobre los orígenes de los indígenas americanos, y más bien se tomaron en consideración los principios de las Ciencias Sociales y la Antropología, que acababan de nacer. Por tanto, se desecharon por “no científicas” las informaciones de misioneros y cronistas de siglos anteriores, casi todos españoles, y se privilegiaron los trabajos de campo, llevados a cabo por investigadores que se concentraban en la observación de la vida y productos materiales de las distintas etnias estudiadas. En cuanto a la lengua, se seguía un formulario preestablecido que se refería al cuerpo humano, los objetos de uso diario, los elementos naturales del entorno y los astros, a la vez que se explicaban las mitologías de las distintas razas según el enfoque de las recién nacidas ciencias positivas modernas y el psicoanálisis.

El problema era que la penetración europea en América se había producido varios siglos antes y las grandes culturas azteca, maya, chibcha y quechua habían desaparecido mucho tiempo atrás, mientras los sobrevivientes habían sido asimilados por la cultura europea. Lo más lamentable desde el punto de vista cultural, es que la casi totalidad de los “libros” mayas y aztecas fueron quemados, con lo cual se destruyó el puente que podría permitir llegar al lugar de origen, y explicar la génesis de las culturas de los pueblos amerindios.

El hecho es que tras la conquista de América, de los primitivos pobladores solo quedaban en su estado original unas agrupaciones marginales que, en cuanto a sus orígenes se decían nacidos de los cerros vecinos o de la tierra donde habitaban. Lo cierto es que para el científico y explorador Alejandro de Humboldt, los indígenas de su tiempo eran “restos de pueblos que, después de haber estado largo tiempo dispersos en las selvas, han sido reintegrados a la barbarie”, tanto es así que él no podía reconocer en ellos el tipo primitivo de la raza humana.

Por su parte, Julio César Salas obtuvo sus conocimientos sobre los indígenas americanos precisamente a través de las obras de los viejos cronistas españoles y documentos coloniales, desconocidos o inéditos, y en gran parte in-

accesibles para antropólogos que no dominaran la lengua de Castilla.² A través de ellos pudo conocer los aborígenes tal y como los vieron los primeros europeos, cuando todavía estaban en su esplendor las grandes culturas, que sucumbieron ante la superioridad tecnológica de los invasores.

De todas maneras, como hombre de su tiempo, de las ciencias positivas modernas el estudioso merideño toma las teorías, el método y la interpretación naturalista de las creencias y actitudes religiosas, pero pretendiendo explicarlas a través del lenguaje. Esto será lo que discutiremos en las páginas que siguen.

LA VIRGEN CON EL NIÑO: EL SOL EN EL ORIENTE

Julio César Salas comienza su estudio acerca de los Orígenes Americanos recordando que los primeros europeos se sorprendieron al encontrar en México, Guatemala, y más tarde en Perú, Colombia y Venezuela, “las tradiciones mosaicas del Génesis, el Diluvio Universal, etc.”. En particular, le llamó la atención al P. Felipe Salvador Gilij el hecho de que sus indios tamanacos, a orillas del Orinoco, le dijeran que antiguamente hubo una gran inundación que ahogó a toda la humanidad; solo se habría salvado una pareja en la cima del monte Tamanacu, en las cabeceras del río Asiveru (Cuchivero) en el sur de Venezuela, y habrían repoblado la tierra lanzando hacia atrás los huesos o semillas de los frutos de la palma moriche (*Mauritia flexuosa*). Las semillas lanzadas por el hombre se volvían varones, y las lanzadas por la mujer, hembras. Así se habrían formado las nuevas parejas humanas que repoblaron la tierra, de un modo análogo a como Deucalión y Pirra, en el mito griego, habrían repoblado el mundo lanzando hacia atrás piedras, es decir, los “huesos de la madre tierra”.

2 En décadas más recientes, el políglota Dr. Barry Fell volvió a los estudios lingüísticos y arqueológicos, buscando establecer la identidad esencialmente de los primitivos pobladores de Norteamérica, con obras como: *America BC* (1978) y *Saga America* (1979). A través de sus libros profusamente ilustrados y documentados, basándose en argumentos lingüísticos y arqueológicos, sostiene que desde por lo menos 500 años antes de Cristo, Norteamérica era conocida por navegantes celtas, vascos, libios, griegos y cartagineses -ya que en los idiomas indígenas encuentra abundantes términos de esas lenguas-, y antes que Cristóbal Colón, por pescadores portugueses.

Además, fundó la *Epigraphic Society*, con sede en San Diego, California, que periódicamente publica los *Occasional papers*, siguiendo la orientación de su fundador.

En particular, observó que en muchas partes de América se conservaba el recuerdo de unos misteriosos personajes llamados, según la región, Quetzalcóatl, Kukulkán, Bochica o Zuhé, Viracocha y Amalivaca, a quienes se atribuyó la difusión de esas nociones religioso-culturales acerca de la gran inundación que acabó con la humanidad primitiva.³ Algunos de estos antiguos personajes, según la tradición, habrían venido por mar desde el este, o se alejaron, siempre por mar, hacia el este. Tal sería, según el P. Gilij, el caso de Amalivaca -o Amalivacá, en tamanaco-, que junto con su hermano Vochí fue el gran héroe cultural del área del Orinoco, y cuyo nombre sobrevivió a través de las generaciones para llegar hasta nosotros en el Mareiwá de los guajiros, en el Mayovoca de los yabaranas, y otros. Esos antiguos predicadores, todos ellos barbados, que proclamaron nociones morales de bien y otras normas de convivencia social, al marcharse dejaron dicho que algún día volverían. De allí que cuando llegaron los conquistadores —desde el este—, los aborígenes americanos al principio los consideraron como hijos de esos antiguos héroes culturales, aunque muy pronto se desengañaron.

Luego de esta introducción, Julio César Salas comienza su argumentación a partir del poco conocido hecho de que, cuando los españoles descubrieron Manta y la isla de Plata en la costa de Ecuador, hallaron entre los indios “la adoración de una virgen azul con un niño en los brazos, ídolo que los indios en su lengua nombraban *María, Mesía o Mese-ía*”. (p. 19-20)

Aquí el investigador merideño, en lugar de preguntarse cómo se establecería ese culto en la costa del Pacífico, salta al campo lingüístico, para informar que entre los tumupasa de Bolivia se llamaba así “la tierra y la arena infecunda”, mientras para los moxo el mismo término significaba “cerro, y abra del monte”, lo cual correspondería en castellano a las voces “cuchilla y sierra”, aplicadas a las escarpas o cimas abruptas de las montañas. Todo ello, para el estudioso, significa que la virgen azul con su niño en brazos es símbolo de “la sierra, fila o abra del monte, donde nace o aparece primero el sol y aparentemente lo pare la tierra o levanta en sus brazos como la madre levanta al hijo.” (p. 20)

3 Buscando cómo empatar las informaciones acerca de estos propulsores de una moral y civilización superior con los datos conocidos de la Europa medieval, en los primeros años del descubrimiento de América se identificaba a esos misteriosos predicadores con Santo Tomás, “el Apóstol de las Indias”, en un tiempo en que no estaba todavía bien demostrado que América era un continente distinto de Asia y por eso se había llamado “Indias Occidentales”.

Prosigue luego informándonos que en veinte idiomas de estirpe caribe (tamanaco, chaima, cumanagoto, yabarana, arecuna...), “maría” es el nombre de la cuchilla de piedra, instrumento para sacrificar víctimas humanas entre aztecas, mayas y quichuas, que lo divinizaban. De allí —concluye— que “mari” en quichua signifique “santo” y “bueno”, como las siete espadas clavadas en el corazón de María, que simbolizan “los siete días de sol, incluso el domingo, clavados en el corazón de la amorosa madre, o sea, la aurora —“mari” en guajiro—, parto de María, la tierra, que levanta a su hijo en brazos, para recibirlo en su seno por el ocaso, descendiendo de la cruz -el cenit-, donde lo puso el amor a los hombres, y venir a ella su dios e hijo muerto, pálido, rojo de sangre, amoratado por los golpes de la pasión”. (p. 20-21)

Después de las anteriores afirmaciones, el autor se dispone a demostrar su parábola apoyándose en argumentos lingüísticos, por su “eficiente conocimiento de la materia”, ya que así se lo permite su grandioso *Diccionario Comparado*.

Como primer paso, busca el significado de M, MA y MARI en todos los idiomas posibles, para establecer que: M o MA en 22 idiomas melanesios, micronesios e indonesios y dialectos del archipiélago de Bismark, en Oceanía, es un pronombre personal (yo, tú), mientras en persa significa “nosotros”..., todo lo cual, por cierto, es completamente ajeno al asunto estudiado. Se concentra luego en la polisemia en amanita de la sílaba MA la cual, según la entonación de la voz, puede significar “impregnar”, “blanquear”, “sepulcro”: “significados que pertenecen todos a la misma semántica, y se corresponden igualmente con el de “Mari”, “María”, de personalidad de madre, tierra y sepulcro”. (p. 22)

Prosigue buscando significados de MA en otros idiomas, obteniendo: luz (sánscrito), lugar (antiguo gaélico e irlandés), campo (bretón), morada, casa o mansión (idiomas de Oceanía), tierra y arena (guajiro), agua (árabe, persa; maku y otros idiomas del Chaco), para llegar a la conclusión de que María es “la tierra, la gran madre y abuela de la humanidad, que nos da de comer y a su vez nos come”. (p. 23) En efecto, en idiomas de California MA es también “comer”; y en particular, la sílaba MA repetida, es decir MAMA, significa “madre” en 37 idiomas de las tres Américas, al igual que en inglés y en español, y en quichua, además, significa “origen”. Pero volviendo a MARI, tenemos: *mariyulco*, cerro (moxo), donde *mari* significa “piedra”, mientras en tunepasa significa “tierra”, al igual que la diosa Juno, cuyo símbolo es una copa, prosigue Julio César Salas, como la tierra entre los toltecas y nicaraguatecas. (p. 44)

Todo el análisis anterior asocia a María y el niño que lleva en los brazos con el mito de Osiris, el dios muerto de los egipcios, pero resucitado por su esposa, la diosa Isis; con Dionisos, el dios griego que simbolizaba la naturaleza, que cada año moría y renacía, con Adonis, el dios de origen fenicio, amante furtivo de Afrodita y muerto en el Líbano por un jabalí, disfraz del celoso dios Ares, pero que sería resucitado por la diosa del amor, y el Ave Fénix, que se consume en el fuego y renace de sus propias cenizas, es decir: “el dios Sol que renace todos los días”. En efecto, MA-A es sol, en paya, de Centroamérica; MA-A es quemar, en pomo y diegueño de Norteamérica; MA es morir y muerto, en maorí y wallis, de Polinesia. Además, MA-anuk es oriente, en chorotí, y MA-achay es enterrar, en quichua.

Con todo lo anterior, “queda superabundantemente probada nuestra tesis”, proclama Julio César Salas. En efecto, afirma: “Nuestros catálogos de voces alfabéticamente colocadas comprenden para esta raíz 30 idiomas de las tres Américas y 60 o más de Europa, Asia, África y Oceanía, con voces iguales en significado, o de la misma semántica, lo que constituye la prueba más perfecta de la unidad del lenguaje humano”. (p. 24)

En otras palabras, prosigue, en el nombre de María están incluidas a la vez unas ideas sencillas y rudimentarias, que solo pudieran llegar a la mente a través de los sentidos, y a la vez ideas inmateriales, lo cual implica que María “significa tierra, arena, piedra, cerro; significa también entre los indios de Manta, en Ecuador, la madre de Dios, y que este sea el sol para los indios americanos, como María es la madre de Cristo para los católicos, la cuchilla de piedra y abra del monte que disipa las sombras al brillar la luz del día, la aurora que lo pare o lo da a luz, la tierra que lo recibe en su seno y realiza un acto de amor”. (p. 25)

Para justificar la última afirmación, el autor recuerda el mito chibcha de la creación, según el cual en los orígenes del mundo, “una mujer de singular belleza salió del fondo de las aguas con un niño en los brazos, con el cual, al crecer, casó, y fue el origen de la raza humana”. (p. 25). Dicho de otra manera: “agua y calor fecundan la tierra...; evaporando las nubes y haciendo descender la lluvia o aumentando la crecida del Nilo, convierten la tierra infecunda y arenosa en fecunda y capaz de producir frutos que alimentan la vida”. (p. 26)

La conclusión final de Julio César Salas para justificar su método investigativo es: “Con solo una palabra conocida en su valor hermético, son miles de vocablos los que quedan explicados, y multitud de teogonías de ambos hemisferios”. (p. 26)

LA CRUZ: EL SOL EN EL CENIT

Si para el escritor merideño el niño en brazos de la virgen azul de Manta y la isla de Plata, en Ecuador, simboliza el Sol recién nacido en el oriente, la Cruz es el “lábaro santo de la Humanidad, que cada día gloriosa y ardientemente flamea en el cenit; Cruz rameada de brazos iguales y católica por excelencia, como que comprende a todos los hombres y seres vivientes, plantas y flores, en amor infinito: Luz y Calor, Agua, Aire, trinidad divina, el propio Dios indostánico y azteca de los tres pasos, *Olo, Odín* u *Olin* que, pequeño infante asomado a la ventana del Oriente, ve con tristeza a los hombres sujetos a las sombras infernales de la noche y del error, esclavos de las viles pasiones y del fanatismo, gigante enorme a quien disputa la Verdad, o sea Cristo, luz del Sol, el imperio del mundo”.⁴

Esta no es una afirmación filosófica gratuita de Julio César Salas, sino que ahora se dispone a demostrar cada uno de sus elementos a través del lenguaje. En efecto, si en el aparte anterior, al terminar su exposición acerca de la Virgen María, afirmó la “unidad del lenguaje humano”, al comenzar ahora a tratar de la Cruz, dice que “una sola son religión y lengua en uno y otro hemisferio”, es decir, en el Viejo y el Nuevo Continente. Para comprobarlo, observa que la palabra Cruz existe y significa lo mismo que en español, tanto en azteca o mexicano, como en 20 idiomas y dialectos para los que compuso su confesionario el fraile Bartolomé García en 1760, así como en otros lenguajes precolombinos de Centro y Sur de América. En efecto, los indígenas, antes de la llegada de los conquistadores, al adorar al Dios Sol, veneraban su signo que es la Cruz, “y eran tan católicos, apostólicos, romanos, quizás más que el papa de Roma, porque comprendían su verdadero significado, no teniendo para ellos ni para ningún hombre de buena voluntad misterios, la vida ni la religión natural”. (p. 29)

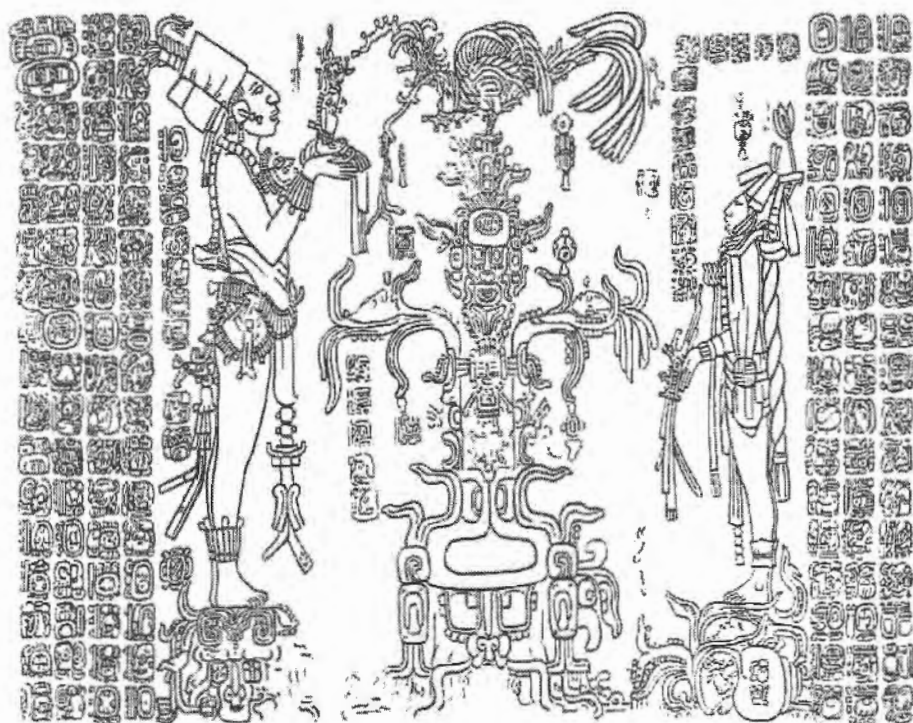
Lo que parece o finge ignorar aquí Julio César Salas, es que ciertamente en las ruinas mayas de Palenque y otras partes, pero especialmente en varios códices mayas (que tal vez no fueron conocidos por el Dr. Salas, porque fueron publicados solo recientemente) se halló representada una gran cruz foliada lati-

4 El propio Herbert Spencer, inspirador de Julio César Salas, es escéptico en cuanto al uso de la filología para explicar el significado de los mitos. En efecto, con respecto a *Odín*, el supremo dios germánico, comenta: “uno dice que Odín es el cielo; otro que Odín es el viento; según un tercero, es la tormenta..., y cada una de estas opiniones se fundamenta en una erudita etimología que pretende ser la genuina”. (Spencer, H. *The principles of Sociology*, Vol. I-2, p. 843) (p. 29)

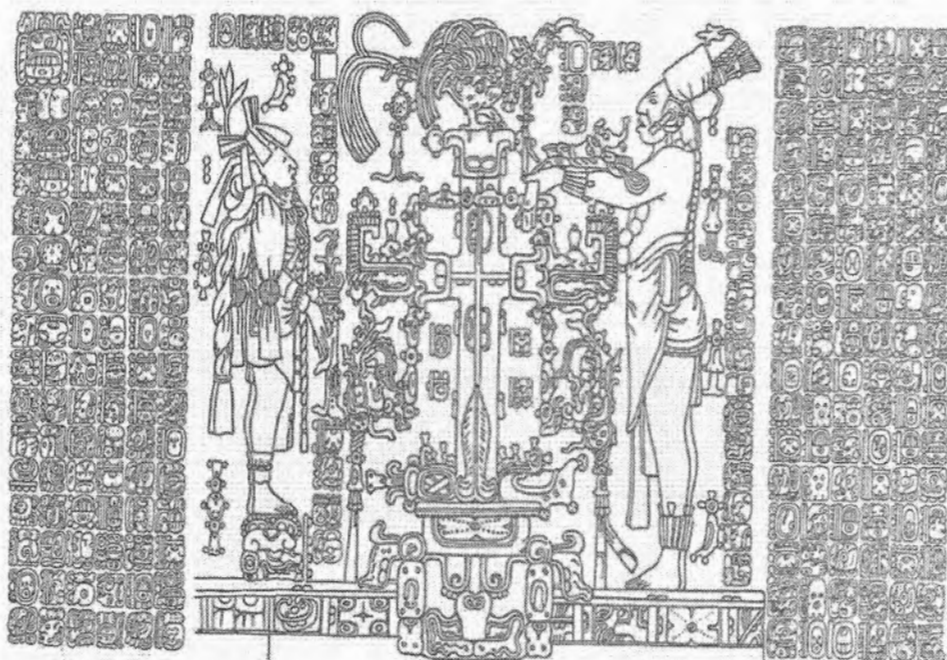
na –y no “de brazos iguales”–, a la cual rinden homenaje dos personajes mayas; pero los misioneros españoles, para evitar ambigüedades, no traducían la palabra “Cruz”, como tampoco la palabra “Dios”, sino que en sus catecismos en los diferentes lenguajes indígenas americanos las imponían a los indios tal como suenan en castellano. De allí que no deba causar sorpresa que *cruz* signifique lo mismo en español que en azteca y en todos los 20 idiomas y dialectos en los que compuso su confesionario el diligente Fr. Bartolomé García. Eso lo hacía así a pesar de que Fr. Bartolomé de las Casas afirmara que los chiapanecas, “antes de ninguna enseñanza española, creían en un Dios hijo que había muerto en la cruz, o crucificado”, y que al descubrir la isla de Cozumel, “los españoles advirtieron que los naturales tenían erigida una cruz que adoraban, y le pedían la fertilidad para sus campos, agua principalmente (que calor tenían), y ofrendábanle codornices”. (p. 30)

Si los misioneros imponían la palabra “cruz” sin traducirla a los idiomas indios –porque tal vez no hallaban su equivalente– tampoco debe sorprender que los indios cora, de México, que transformaron el vocablo español “cruz” en *curuz*, ahora empezaran a decir *curuztate*, o *curuznete-natate*, para decir “crucificar”, términos que ciertamente eran neologismos en su idioma.

Por otra parte, ahora que los misioneros les hablaban de “cruz”, que los indios terrava de Centroamérica pronunciaban *crú*, este vocablo llegó a significar también “ardiente” y “caliente”, por ser esta la significación original de *crú* en su lengua.



1- Cruz maya “foliada”, con arriba un ave idealizada. De los dos personajes que flanquean la cruz, el de la izquierda, un *balam* o sacerdote, levanta “un niño” hacia el ave, como ofrenda. (Templo de la Cruz, Palenque, Chiapas, México)

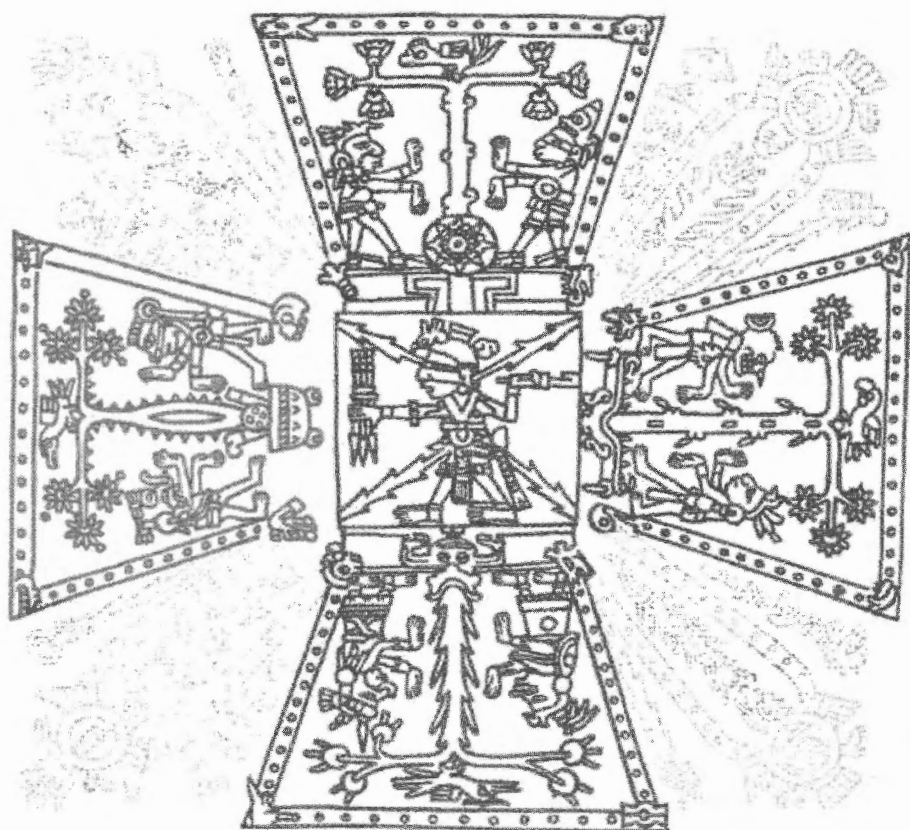


2- Cruz maya con arriba un ave idealizada. De los dos personajes que flanquean la cruz, el de la derecha, un *balam* o sacerdote, levanta “un niño” hacia el ave como ofrenda.

Por lo mismo, las formas *cru* (guahibo, del Orinoco), *curú* (makiritare o yecwana), *curusa* (guarao), *curuso* o *curusu* (caribe), *curuza* (baniva) y en otros idiomas, que cita Julio César Salas para demostrar que también los aborígenes venezolanos conocían y adoraban la cruz antes de la llegada de los españoles, de hecho son todas deformaciones del vocablo español “cruz” impuesto por los misioneros, pero adaptado al espíritu de la fonética de cada lengua. En efecto, los yecuanas, según el etnólogo Marc de Civrieux, quien dedicó largos años al estudio de los conceptos espirituales de esa etnia, también tenían el término *kruza ake*, para referirse a la “cruz”; pero el investigador aclara que en ese idioma era un neologismo, que un grupo de esos indios oyó por primera vez (ciertamente como “cruz”) en La Esmeralda, en 1765, de boca de Fr. Jerez de los Caballeros.



3- Motivos de la lápida de cinco toneladas de peso sobre una tumba maya en la parte interior del Templo de las Inscripciones. Sobre la persona femenina yacente se levanta una cruz envuelta por una serpiente de dos cabezas. En la parte superior, un ave estilizada. (Templo de las Inscripciones, Palenque norte, Chiapas, México)



4- Las regiones de los cuatro puntos cardinales del “imperio” azteca según el códice Fejérvary Mayer: el norte a la derecha, el sur a la izquierda, el este arriba, el oeste abajo, y en el centro un guerrero azteca lanzando rayos, símbolo del poder mexicano. Cada región del territorio dominado por México está representada por un árbol típico cruciforme con arriba un ave. A los lados de cada árbol, dos personajes al igual que en las representaciones de las cruces mayas, y cada personaje con las manos en la misma posición que la figura yacente en la lápida de Palenque. (Ver: N° 3)

El mismo origen español valga para el término *Kurusu*, con que los itonamas de Bolivia, siempre según Julio César Salas, designaban la Cruz del Sur: afirmación muy discutible, ya que el término original debía tener un significado análogo al que le daban otros indígenas americanos, como los patagones, que le decían *Amnie*, Ñandú, o los taurepán de la Gran Sabana, que la llamaban *Pauí-*

pódole, Padre de los Paujjes, siendo así que en su mitología explicaban el origen de ese nombre.

Además, no fue porque fuesen hombres de buena voluntad o porque “comprendían su verdadero significado”, o porque practicasen la religión natural, que los chibchas de Colombia comenzaron a colocar una cruz sobre la tumba de los que morían picados de culebras, sino porque así se lo mandó el misterioso predicador que ellos llamaban *Chiminigagua*, mensajero de Dios, y era la misma “prescripción ritual que, según la Biblia, tuvo Moisés para los picados de las ardientes serpientes del desierto, víboras infernales que son las malas pasiones humanas, el fariseísmo hipócrita y la falta de altruismo o caridad, pues es el hombre demasiado pequeño para negar su auxilio a los otros hombres y ser auxiliado por ellos; y por eso, *Curu* significa “amar” en la lengua de los indios yamana, en la extremidad de la América del Sur”. (p. 31)

Al llegar a este punto, que es el clímax de su exposición, Julio César Salas declara: “Adoremos pues la Cruz que hace el Sol en lo más alto de su carrera, y amemos a nuestros semejantes como a nosotros mismos, y a toda la creación, pues todo lo que alienta es nuestro hermano; y no figuradamente ni solo en boca del Santo de Asís es hermano nuestro el lobo como la planta, pues para toda la naturaleza luce el Sol, verdadero hijo de Dios, o de la causa primera”. (p. 31)

PADRE Y PAN NUESTRO: EL SOL EN EL OCASO

El Dr. Salas prosigue con su planteamiento diciendo que el Sol en el ocaso es recibido por la Madre Tierra, que es la “copa mística” y el “vaso de devoción” de la letanía, es decir, la diosa Isis - “la tierra en idiomas africanos como en los americanos”, que gracias al Sol “se vuelve fecunda y transforma en su seno al propio Dios en pan y vino”, que se volverán carne y sangre en el hombre.

En efecto, insiste, *Isi* es el principio femenino y es la tierra en África ecuatorial, no menos que en el antiguo Egipto, mientras “en varios idiomas americanos significa tanto virgen o doncella, como vestido en aimará, que precisamente es verde y hermoso ropaje de frutos y de flores en idioma vejiz”. (p. 32) Por añadidura, el santo que labra y riega la tierra se llama *Isidro* (Ισι-δωρος, “Don de Isis”, en griego), *ise* es “fuego” en urupá de Brasil y capakura: *Ise-se*, “sol” en paikoneka, *Isi-hui*, “nervio viril” en campi y jebero, mientras *isa* es “rasgar, romper”, en chorotí; *is* es “maíz” en inapari, e *isha*, “sangre” en guajiro... Final-

mente, “*isagogé*, introducir (en griego) corresponde a *isa*, romper o rasgar (en chorotí, del Chaco argentino), como *isagha*, camarero (en turco), e *isba*, alcoba (en gitano)”. (p. 33)

El autor merideño remata su análisis diciendo que la Virgen azul con el niño en brazos, reverenciada en Manta y otros lugares de Ecuador, es la misma Virgen de Copacabana de Bolivia y Perú, cuyo culto también es precolombino, al igual que la Virgen del manto o Guadalupe de México, y la Madre del Niño o *Chiqui* (chiquito!...), es decir, de Chiquinquirá, en Colombia y el estado Zulia de Venezuela.

Aquí, el autor merideño, lleno de satisfacción y llevándose por delante todo dato o referencia histórica en contra, afirma: “Véase cómo queda aclarado el enigma de estas vírgenes indias precolombinas, como la de Coromoto de los ajaguas y caquetíos de Venezuela, pues todas son la tierra y la madre de Dios ⁵: Catolicismo universal y de todos los tiempos como es la lengua o expresión del pensamiento humano ante el misterio de la vida, y la ignorancia de la primera Causa, el Dios incomprensible de la filosofía o suprema e inabordable Entelequia.” ⁶ (p. 32)

Como remate de su argumentación, Julio César Salas nos dice que en las lenguas americanas *Ar*, *Ara*, *Are* corresponden al “dios Sol, que sube en el horizonte y se alza como la *arepa* del *budare* caribe” ⁷, mientras *nazar* es “propina para comer y beber” en indostani, y “ver” en árabe; y a su vez, es raíz de *Nazareno* y representa “el Dios de larga y apolínea cabellera de luz, que se ofrece como sustento de cada día”. (p. 37)

Y hablando de “Día”, nos recuerda que en idiomas del Viejo Continente “Dios y Día” tienen el mismo significado y origen: “la amorosa solicitud del Sol que diariamente da luz y calor a la tierra, y levanta las nubes que se resuelven en la lluvia que la fecunda y la cubre de flores y de frutos, que se convierten a su vez en carne y sangre”.

5 Es antihistórico decir que la Virgen de Guadalupe, la de Chiquinquirá y la de Coromoto son cultos precolombinos a la Virgen María, pues en estos casos está bien documentado que se ocasionaron de apariciones a indígenas o a personas del pueblo después de la conquista española. En el caso concreto de la Virgen de Coromoto, inclusive, consta la oposición a su mensaje por parte del cacique de los Cospes -no de los achaguas-, cuyo nombre Coromoto es caribe (*curumu*, zamuro: -tu, árbol, es decir, Árbol del Zamuro).

6 “Cosa que lleva en sí el principio de su propia acción y tiende por sí misma a su fin propio”. (Dicc. Esp.)

7 *Arepa* (o *ereba*) es una palabra de origen caribe, y significa “maíz”.

Por tanto, concluye: “Bien podemos decir que Dios encarnó mortalmente por amor al hombre, e invocarlo como el pan diario y nuestro, o “Señor de nuestra carne”, como en la oración dominical de los indios aztecas..., pues todo es uno en religión y lengua”. (p. 38)

LOS DIOSES AMERICANOS

Luego de las exposiciones anteriores, Julio César Salas pasa a la consideración del origen de los dioses americanos, siguiendo en su planteamiento al sociólogo inglés Herbert Spencer, cuya doctrina era la base de sus lecciones de Sociología en la Universidad de los Andes (ULA). Como postulado inicial de la doctrina positivista, la religión, al igual que el arte y toda institución social, son engendros de la mente humana, y cada una de esas creaciones representan fases progresivas en la evolución del pensamiento humano. Ese postulado es el que desarrolla Julio César Salas en el caso presente.

Para comenzar, afirma que los pueblos americanos, en su culto, eran sabeístas, es decir, adoraban los astros, como los árabes, en especial los del reino de Sabá, aunque, por lo que él especifica, sería más apropiado decir que rendían culto a las fuerzas de la Naturaleza. Afirma, en efecto: “El fondo religioso o teogónico de la generalidad de la población india de América, es francamente sabeísta, adoradores del sol o fuego, del agua y del viento obrando sobre la tierra, a la que todas las religiones asignan divinidad y carácter de madre general de dioses y de hombres”. (p. 41)

Apoyándose luego en Spencer, dice que lo que “endiosa” los fenómenos naturales es el miedo, “factor sociológico de primer orden, que en su evolución engendra el principio de autoridad religioso-político”. (p. 42)

Ahora bien, entre todos los fenómenos naturales que conocían los indios del Caribe y de Centro y Suramérica, el que les causaba más miedo y espanto era el huracán, que conllevaba “los meteoros fuego del cielo o de lo alto, cuya voz es el trueno, y así mismo la lluvia, agua o granizo, y el viento, que es aire que viene, va y gira, es decir, camina”. (p. 42)

Todos esos fenómenos concomitantes, para personas de mente simple y prelógica, como el niño que le pega airadamente al mueble contra el cual se dio un cabezazo doloroso, llevó como un hecho natural a la personificación de los

tres elementos vitales –“fuego o calor, agua y aire, y las cualidades que se les atribuyan”– y a su integración en una unidad, que es la “génesis del Dios trino y uno de los indios americanos”⁸. (p. 42)

En efecto: “Cada uno de los tres dioses, Fuego, Agua y Viento, tiene sus atributos propios, es cabeza o jefe de gran poder, y sus manifestaciones en la naturaleza son cualidades que integran su personalidad, es decir, son personas distintas que integran un Dios general cuando obran conjuntamente con poder terrible y destructor bajo la forma de temporal, ciclón o viento muy fuerte acompañado de lluvia torrencial y descargas eléctricas, fenómeno grandemente temido y frecuente en el golfo de México, parte sur de los Estados Unidos, mar de las Antillas, etc. Los indios Maya-Quiché, como los Caribes y Aruacas, llaman generalmente tal fenómeno con el nombre *huracán*, designando especialmente los Maya-Quiché, *Hurakan* o *Hura-ac-kan* al Dios supremo, al que apellidan en sus libros sagrados: Corazón del Mundo”. (pp. 41-42)

Según el supuesto ya establecido con anterioridad, de que “todo es uno en religión y lengua”, y luego de presentar a *Huracán* como dios supremo de los Maya-Quiché, el estudioso merideño se dispone ahora a demostrarlo lingüísticamente. Para ello, descompone -abusivamente, a nuestro parecer- el vocablo *Huracán* en tres elementos: HUR, AC, AN, o URA, ACA, KAN, “como medio de penetrar en la teogonía americana, que por otra parte vemos su exacta analogía con las del otro hemisferio ⁹, tanto más cuanto que esas raíces corresponden en muchísimos idiomas no solo a los elementos simples agua, fuego y viento, y a las ideas con ellos relacionadas...”, sino también a las “cualidades intrínsecas de los mismos elementos naturales y sus propiedades, como por ejemplo el brillo de la llama o su color, el olor malo del viento o su giro circular, debiéndose tener en cuenta toda cosa o animal que participe de uno de dichos atributos... Para comprobar la certidumbre de esto, basta examinar cualquier religión, pues la mente humana procede siempre por comparación”. (pp. 42-43)

A partir de este punto Julio César Salas comienza a presentar una retahíla de centenares y centenares de etimologías, tomadas de cualquier idioma del globo terráqueo, para demostrar lingüísticamente que “todo es uno en religión y

8 Obsérvese que el autor, de partida se desentiende del Trueno, porque eso le alteraría su concepción del huracán como germen del “Dios trino y uno”.

9 El autor no usa este término en el sentido propio de Hemisferio boreal (norte) y Hemisferio austral (sur), sino para referirse al Viejo y al Nuevo Continente.

lengua". Para beneficio del lector, nos vemos obligados a resumir su exposición, de la cual destacaremos los puntos más resaltantes.

Como la palabra *Hurakán* comienza con HUR (con las variantes FUR y UR, ya que por ejemplo, en ayarí, de Puerto Rico, era *furakán*, mientras en guajiro *uribay* es temporal), el autor va agrupando decenas de etimologías como soporte de que en HUR, FUR, UR está presente tanto el concepto de "agua", como otras ideas relacionadas, como la de vaso o recipiente que la contiene. Por ejemplo: *uro*, río, lago o canoa (aimará); *jura*, tinaja para agua (guajiro); *urani*, jícara (tarasco) ¹⁰; *úrceus*, vasija de barro, jarra (latín); *urba*, vasija de barro, olla (en lengua de Nicaragua), "correspondiendo semánticamente con *Urbs* ¹¹ en latín, la ciudad primitiva o la Roma de humildes habitaciones de barro, y por extensión, el *orbe*, la tierra, el mundo, la copa mística, vaso de devoción, símbolo de la diosa Madre de las teogonías de ambos hemisferios, la Virgen de Copacabana de los antiguos uros, aimaraes, quichuas del Alto Perú". (p. 44)

Al mismo tiempo, "la desinencia ¹² URI o FURI" está presente en *furipún*, soplar, entre los colorados de Ecuador; en *uri*, lluvia (vasco), *furia* (español), *fur-luok*, inconstante, y *furlukln*, charlatán (bretón), pero en particular en *uri*, rodar, dar vueltas, retornar, en el idioma de la isla de Rarotonga, en Oceanía. Obsérvese, además: "*furor*, cólera excesiva en español, y *furibundo*, *furioso*, propias del *uro*, o toro salvaje, o de *urán*, dragón o tifón, tarasca de la fábula europea", mientras *furo* o *pfuro* es pluma en quichua. Y hablando de plumas, "para los indios mayas, aztecas y otros, el dios de la tempestad, de la guerra y del amor era un pájaro, cuyas plumas habían fecundado a la diosa tierra, y por eso se quemaban plumas para ayudar a las parturientas". En particular, resalta la "correspondencia de *Uragus*, el dios Plutón o del infierno, con *Uranus*, el fuego del cielo, y *Urios*, *Vesta* ¹³, el fuego de la tierra y de los volcanes de los greco-latinos, con palabras

10 Entre las etimologías citadas para demostrar que UR conlleva la idea de agua, se menciona el verbo latino *úrere*, quemar, de donde procede el sustantivo *urna*, es decir, la cajita en la cual se ponían las cenizas del cadáver, retiradas de la pira funeraria; y especialmente *Ur*, "antiquísima ciudad caldea del fuego sagrado". (p.44)

11 La semejanza es solo fonética. En efecto, el único parecido conceptual se establece entre "vasija de barro" y "habitaciones de barro"; pero no consta que las primitivas habitaciones romanas fuesen de barro. Por otra parte, no hay duda de que para pasar de *urbs*, ciudad, a *orbe*, mundo, hay mucha extensión.

12 "Desinencia" significa terminación (de una palabra), pero el autor normalmente usa este término para referirse también a un prefijo o a la primera sílaba de una palabra.

13 *Uragus* (οὐρ-αργος) significa "jefe de la cola" o de la retaguardia, y nunca se usó como sinónimo o como epíteto de Plutón, el dios griego del Ades; *Uranus* (οὐρανός) es el cielo, no el

equivalentes teogónica y lingüísticamente con los nombres y atributos de los dioses de la mitología americana: *Furachogua* o *Iracua*, la mujer-serpiente del mito chibcha, *Furatena*, la deidad del monte de los chibchas bogotanos, o el dios-danta *Fureberu* de los aruacas.” (pp. 45-46)

Además, *Urabá*, dios de la guerra entre los indios de Sinaloa, como *Oura-bá*, dios del valor entre los Apaches, se explican por *hurak*, relámpago en mohave, y *Urac*, dios de la guerra, y *Apuyúrac*, dios de la tempestad en quichua, que, “como el Júpiter griego ¹⁴, lanza la piedra de rayo, o flechas, pues *urach* es arco en guajiro.” (p. 46)

El autor nos hizo un recorrido por diversos lenguajes americanos y del mundo, para hacernos ver que UR o FUR, primer elemento de la palabra *Huracán* expresa la idea de agua (pero vimos que también está presente el fuego -*úrere*, quemar- y el viento, como en *furipán*, soplar, al igual que *furia*, *furor*, *furibundo*, asociados al *uro* o antiguo toro salvaje), y ahora pasa a hablarnos de la trinidad manecita de Norteamérica, a saber: *Urapo*, *Urasana*, *Urasagonizo*.

En *Urapo*, el primer nombre, además de UR, vemos presente el elemento APO, que tanto en varios idiomas americanos, como en malayo, significa “jefe, padre, conductor, semilla, raíz, mojar”, e inclusive “fuego”, en tonga. Por ejemplo: *apo*, mojar, en trío de Guayana; *apomaya*, acuoso o húmedo, en sánscrito; *apoa*, criar, cultivar, prioridad, e *imapoa*, rociar, esparcir, desposar o casarse, en chóctaw, “vocablos absolutamente de la misma semántica de la aglutinación greco-francesa *apogamie*, reproducción vegetal por acodos, sin intervención sexual”.

El autor añade que de todos los significados posibles de APO, en el nombre de *Urapo* prevalece la idea de primera causa, dios padre, o principio masculino, como consta por *urapa*, varón (macushi), *urapi*, semilla (quichua), *urapo*, semilla (mucu o timote) etc.

El segundo nombre de la trinidad manecita, es decir, *Urasana*, “es el dios supliciado”, según Julio César Salas; pero no es evidente por las más de veinte

“fuego del cielo”, y Urios (ουριος) “estéril o “favorable” en griego, según el vocablo del que se derive. Ninguna de estas palabras tiene que ver lingüística o semánticamente con *Vesta*, la diosa romana del fuego hogareño, correspondiente a la griega *Estia* (Εστια). El dios griego de los volcanes, “fuego de la tierra”, es Efesto (Ηφαίστος), correspondiente al dios latino *Vulcanus*, de donde el español “volcán”

14 Propiamente, *Júpiter* (Jovis páter) era el nombre del dios supremo de los latinos, y correspondía a *Zeus*, el supremo dios de los griegos.

etimologías presentadas, entre la cuales tenemos: *asán*, sangre (en colorado, de Ecuador); *asanali*, ir contra viento o contra corriente (chóctaw); *asa*, jefe (paya), y pierna (guajiro); *asaeg*, valiente (guajibo); *asakani*, culebra de cascabel (calina); *asada*, junio y julio (sánscrito)...; *gora*, pájaro (tupí); *gore*, veneno, y *gorabaya*, serpiente (ticuna); *agori*, defecar (yaruro), etc.

En cuanto al tercer nombre de la trinidad manecita, es decir, *Urasagonizo*, según el planteamiento inicial del autor (*Hur-ac-kán*, agua-fuego-aire), se citan varias palabras de distintos idiomas, para demostrar que significa *aire*, es decir, soplo o espíritu. En efecto: *hurac*, viento fuerte o tempestad (bonda, del Darién), y *Hurac*, dios de la tempestad (quichua); *huraga*, temporal (caribe de Honduras); *uracana*, temporal (Haití), mientras *kan* es serpiente (quiché) y *uraquera*, pájaro (omagua). De esto último resultaría que esta tercera entidad es Pájaro-Serpiente, es decir, equivale a *Quetzal-Cóhuatl*, en azteca, y *Kukul-cán*, en maya-quiché; pero no se evidencia fonéticamente en las etimologías propuestas.

Al mismo tiempo, *Hurakal* es espíritu malo o diablo (cacchiquel), de la raíz *hu*, veneno, lo cual da "tifón o tifo, viento hediondo o envenenado", el tercer dios; pero también *Hun-ahpú*, dios opuesto y enemigo de Hurakán, según el Pópol Vuh; y *akán*, pie (cacchiquel), "alusivo al dios cojo u Orión".¹⁵

El autor prosigue presentando una larga serie de palabras, que van desde *huac*, *huracán*, viento (en cora), a *huaca*, cueva (mucu o timote), sepultura (omagua, quichua, chibcha, aruaco), dios de la muerte (abaibe) y espíritu malo (guamoco), pasando por *Curicán*, dios del viento (en Nicaragua), *Irokán*, dios de la tempestad (caribe del Roraima) y *Curicaneri*, dios del fuego (caquetío).

Luego vuelve a insistir sobre el radical HUR o UR, y ahora nos pasea por: *huri*, varón (en opata), *uri*, valiente (aimará), estrella (apolista), serpiente (guajiro), cabello (mutsún, de Norteamérica, y jíbaro de Ecuador), oro (hebreo), caldero de cobre (piaroa), vender (japonés)...; *Uriel*, "dios del fuego", ángel de la luz, y *Urim*, pectoral de piedras preciosas del sumo sacerdote (hebreo), y así termina por llevarnos a *Urucama*, infierno (paya) y a las *Pléyades* (palikur). En efecto, en

15 Orión, según la mitología clásica, era un hábil y gigantesco cazador de arco y flecha, que fue muerto por Artemis, diosa de la cacería, posiblemente por celos; pero en el mito clásico no se dice que estuviera cojo, mientras sí lo estaba el *Tamekán* de los taurepán (caribes), cuya "pierna que queda" o *peponón*, es parte de la constelación de Orión.

la palabra *urucama* nos presenta: *uru*, nariz, brazo y mano (en tora), cabeza (en maorí), y también *cama*, la danta (en adzanemí).

Después de las “evidencias lingüísticas” anteriores, el autor llega a la siguiente conclusión: “Caracteriza, pues, la radical UR las mismas ideas en lenguas de ambos hemisferios adscritas a la misma concepción teogónica greco-latina de *Uranus*, el cielo, el principio, el dios más antiguo o padre¹⁶, como en la trinidad manecita *Urapo* es el dios padre, la cabeza o semilla del mundo: raíz aglutinada en el vocablo *Huracán*, temporal de fuego, agua y viento, o *Hurakán*, el dios grande Maya-Quiché”.

Con lo anterior se reafirma “el valor del método comparativo para determinar la evolución lingüística y teogónica de las ideas que el espectáculo de las fuerzas de la naturaleza desencadenadas hizo nacer en la mente del hombre primitivo”. (p. 51)

Julio César Salas pasa ahora a estudiar el segundo elemento de la palabra *Huracán*, es decir, AC,

la segunda raíz aglutinada en el nombre del dios maya-quiché del fuego, agua y viento, que combaten u oponen sus fuerzas en la justa de los elementos Ur, Ac, Can, constituyendo el dios tremendo, tres dioses o personas que se integran en el dios alado que lleva en la diestra el caduceo de Mercurio o *Estruac* de los chiapanecas, donde se entrelazan dos serpientes opuestas, una de fuego y otra de agua. Este segundo dios o hijo muerto en la cruz por *Eupoco*, e hijo de una virgen, es nombrado *Bacab* en la teogonía chiapaneca según el Padre de las Casas, vocablo afin a *Baco* o *Bacchus*, el hijo de Júpiter y Semele- se corresponde a *baco* o *bako*, hijo o mozo en cahuapana, y a *backe*, hijo, en pane, idiomas de Sur América”. (p. 51)

“Esta desinencia¹⁷ AC –prosigue– es importante de conocer, pues según el mito griego, *Bacchus* o Dionisos padece también tormento como el Osiris egipcio, y sabemos precisamente que este dios, simbolizado en el agua fecundante del Nilo, es despedazado o convertido en pozos en el verano, cuando sopla el siroco o tifón, el Eupoco chiapaneca que crucifica a *Bacab*”; y “*Bacab*, el hijo de Dios chiapaneca, es la misma cruz adorada en Cozumel, a la que los indios

16 Según la mitología griega, el padre de los dioses no fue Urano, sino *Crono* (Χρὸνος), el Tiempo, de quien Urano era hijo.

17 Propiamente, desinencia significa “terminación”; aquí se trata de una “sílabas”.

pedían agua para sus sementeras, que produce frutos y por consiguiente nos da de comer y beber; levanta las nubes y hace descender lluvia fecundante, y por consiguiente se convierte el mismo dios en carne nuestra..., como la chicha o vino americano, hecha con maíz y dicha *acca* en keshua, según Montoya, como el dios *Baco* simboliza el vino, la propia sangre de Dios, al que por otra parte los aztecas ofrendaban tortas de maíz mezcladas con sangre”. (pp. 52-53)

Julio César Salas ahora asocia el elemento AC de Bacab con el *ac* celta, que se vuelve *ach*, riachuelo, en alemán, relacionado a su vez con *acha*, río (chacata, de Norteamérica), y encuentra su presencia en el nombre de *Achato*, el dios tonto, protector de la riqueza y la locura (achaguas), voz que relaciona con “*acha*, encierro de palos, o el pequeño pez cogido de esta manera cuando en verano bajan las aguas de los ríos; *achac*, golpear en abipón, *chacatana*, crucificar en quichua del Ecuador, etc. Es de saber –prosigue– que este pequeño pez cogido en el cerco de palos era venerado por los indios como el propio dios del agua que los alimentaba, y era comido asado en barbacoa, según refiere el jesuita Rivero, con grandes ceremonias al empezar la pesca de verano, cuando los riachuelos se convierten en pozos...” (p. 52)

Una vez más, para demostrar lingüísticamente su afirmación teogónica, Julio César Salas trae una serie de vocablos de diferentes idiomas, pero con significados afines, como : *acha*, comida (árabe), *ac*, comer, y *aca*, comida, alimento, nutrición (sánscrito), al igual que en cumanagoto, de donde procede *ayaca*, “pastel de carne y masa de maíz, comida de los indios, cuyo uso y designación ha pasado a los civilizados en todo el país”; *ayca*, y *aycha*, carne (tacana, quichua, aymará), y cuerpo (quichua de Ecuador). Por otra parte: *bacán*, carne (macorige, de Cuba), *bacabi*, carne (guajibo), *bacua* o *bakua*, chicha (sínghisa).

Por lo anterior, concluye, no queda duda de que “*Bacab*, el hijo de Dios crucificado, muerto y enterrado de los indios de Chiapas, corresponde al jeroglífico egipcio *Bacab* o *Vacab*, una oreja de vaca, signo de la alimentación” (p. 53), mientras *Vacaba* o *Bacaba* es la palma de aceite (tupí), cuyo fruto se llama *vacabakomu* en idioma paresí, mientras *vach-tulul* es fruto (quiché, cacchiquel, tzutuhil) y nuez (pocomchi).

De allí que, resumiendo todo lo dicho hasta aquí, “en el mito egipcio la vaca *Isis* es la tierra fecunda, e *Isi* mismo significa tierra en idiomas Rwa, Dzalamo, Kami, Kguru e Irangi del Nianza, etc., en África, como *Isse* significa tierra en los idiomas maina y cahuapana de Sur América, e *Isis* también es la vaca o principio femenino del bracmanismo indostánico, donde el principio masculino

es el toro *Nandi*, que siendo la misma teogonía egipcia del buey *Apis*, de la vaca *Isis* y el becerro *Horus*, empezamos a ver, y luego acabaremos de demostrar que filológica y teogónicamente es el mismo sabeísmo americano de *Bacab* chiapaneca o el sol vuelto frutos, carne, alimento, agua, calor, humedad fecundante en el seno mismo de la tierra que lo levanta en sus brazos, como en el mito chibcha la diosa *Bachue*¹⁸, que como Isis extrae del agua el cuerpo despedazado de Osiris y concibe el becerro, *Bachra* en hindostani (*Bacchus* o *Baco* griego) de cuernos dorados, que viene del oriente y enseña a los chibchas de Bogotá la agricultura y artes domésticas con el nombre de *Bochica*...". (p. 54)

A continuación el autor trae varias etimologías más, para insistir sobre la idea de que en el vocablo *Bacab* están expresados los conceptos de padre, jefe, comida y comer; y además, entre otros términos, lo asocia con *Achanto*, la madre del sol entre los rodios (según Cicerón), *Achachiururl*, lucero de la mañana y *achichichilla*, adoratorio, en aimará.

Aquí Julio César Salas da un paso más en su exposición, y añade un nuevo concepto, a saber:

Según las teogonías indias, el dios de la luz sufre una mutilación, pierde los ojos, el cabello, la piel, etc., o es despojado de sus vestiduras, muere crucificado y es enterrado o despeñado. Estas mutilaciones eran rituales entre quichuas y aimaraes, como se muestra en la cerámica...; pero hay más: el mismo dios simboliza los frutos de la tierra, particularmente los enterrados, o raíces comestibles, como el apio americano, que se nombra *racacha*, *arracacha* en mucu (timote) y generalmente en Venezuela..., el maní (*Arachis*¹⁹ *hypogea*) y la yuca, manihot o manihoc (*Manihot esculenta*), pues la voz *maneame*, matar (en tacana), *manema*, matar (en maropa), corresponde a *manihot*, nombre de la raíz alimenticia que significa "desenterrado" en tupí, voces afines de *emamu*, muerto, en idioma arasa, y amanecer, en kavinenno..., y *Emanuel*, el dios resucitado que ven en la mañana²⁰ los peregrinos de Emaús, o *Mane Isai*, el maestro resucitado. (pp. 55-56)

18 *Bachue* sale de la laguna cargando un niño en brazos, pero no un niño despedazado, según el mito chibcha.

19 Es un error etimológico acercar semánticamente el vocablo timote *arracacha* —que es una hierba con raíz comestible— y *arachis*, en griego $\alpha\text{-}\rho\alpha\chi\iota\varsigma$, "sin espinazo", ya que la legumbre del maní no tiene raquis.

20 Propiamente, al anochecer, según Lc. 24.

El autor busca también la carga etimológica de *Amalivaca* -que aquí intencionalmente escribe *Amalibaca*-, y encuentra que *mali* aparece en el nombre de *Chimalimapa*²¹, la tierra fecunda (maya), mientras *malibac*, jardinero, y *malina*, enfermedad (hindostani), pero en jibaro *mandatazan* significa resucitar, todo lo cual sugiere la idea de muerte y resurrección.²²

Otro elemento común a las teogonías del viejo y el nuevo mundo sería el vaso-canoa. En efecto, en una barca de papiro navega el cuerpo del dios muerto, Osiris o el disco solar, hasta Biblos, la otra vida, donde lo encuentra Isis, que lo resucita para el nuevo día; así también Quetzalcóatl, una vez terminada su misión, se monta en una canoa (*acalli*, o “casa del agua” en azteca), y se marcha, al igual que *Amalivaca*..., todo lo cual le recuerda al autor la barca con la cual Caronte llevaba las almas de los difuntos al Averno griego, cruzando el Aqueronte, el río de ultratumba. Existe, sin embargo, una discordancia importante en lo que el autor trata de demostrar, y es que el sol se desplaza de este a oeste, mientras tanto Quetzalcóatl como *Amalivaca* zarparon en dirección contraria, es decir, de oeste a este.

De todos modos, el autor insiste en su punto de vista, y afirma que *Bacab*, “el hijo de Dios muerto en la cruz, según la mitología chiapaneca, es el dios de los frutos de la tierra, semejante al *Bochica* de los chibchas” (p. 58); y lo prueba lingüísticamente, asociando *boch*, vacío, y *bochlu*, comer (turco), a *bodighab*, plato (persa). Además, según el mito chibcha, “*Bochica* es andariego o apóstol, vagabundo”, lo cual corresponde a *bochacay*, vagabundo, en gitano.

Julio César Salas descompone ahora el vocablo *Bochica*, para lo cual analiza la primera sílaba, BO, buscando su significación hermética, y encuentra: *bo*, vaca (irlandés), *bocboc*, aurora (en twi, de África); *bocón*, becerro (amanita); *bos*, buey (latín)..., *baki*, boca (en hausa, de África); *baktra*, boca (sánscrito), *baka*, laguna (twi); *baksakoper*, baúl, y *baksul*, cesta (malayo); *bacai* o *acai*, cesta (arecuna).

21 El autor, para que aparezca el elemento *mali* en el nombre de la diosa de la Tierra, altera su nombre, que es *Chimilpa*, *Chimalpa* o *Chimal-cóatl* en azteca. (Ver: p. 65)

22 Sin embargo, en el mito no se dice que *Amalivaca* haya muerto y resucitado, sino solo que, una vez cumplida su labor bienhechora entre los indios, se montó en una canoa y regresó a su tierra, hacia el este.

Aristides Rojas, con respecto a *Amalivaca*, al que los tamanacos llamaban “nuestro Gran Abuelo”, dice: “No fue *Amalivaca* una creación mítica, sino un hombre histórico, el primer civilizador de Venezuela, cuyo nombre se ha conservado en la memoria de millares de generaciones”. (*Estudios indígenas*, 1944, p. 36)

Finalmente, para completar el contenido semántico de Bacab o Bochica, el autor trae una serie de etimologías a partir de *bach*, que en diferentes lenguas conlleva la idea de hoyo, cavidad, raíz, barco, y finalmente, *batche*, destruido, en hausa, de África.

Todo lo anterior, según el autor merideño, comprobaría lingüísticamente que el *Bacab* chiapaneca (al cual identifica con el *Bochica* chibcha), como *Baco* en el mito griego, y Osiris en el egipcio, son dioses que fueron muertos y luego volvieron a la vida.

Se dispone ahora a demostrar otro rasgo de esta segunda entidad del *Hurakán* divino, a saber, que según el mito taíno de las Antillas, al dios Sol, tras una vida disoluta, le da una enfermedad contagiosa, pierde la piel y el cabello y se llena de bubas, por lo cual se retira a un muladar o estercolero, “ni más ni menos que como en el mito hebreo de Job”.²³

“Es decir —aclara—, el dios se oculta en una cueva del monte para dormir, razón por la cual los griegos asignaban al dios Sol o Apolo, el conejo, que cava un hoyo en la tierra para dormir”; y, en efecto, las teogonías americanas también ponen el conejo como símbolo del sol”. (p. 60).

Una vez más, el autor encuentra unas analogías en el lenguaje. Por ejemplo: *huapu-crush*, conejo (jíbaro); *huapatza*, sol (itonama); *huapi*, gran río (colorado, de Ecuador); *huapu-ito*, sol (capakura).

Volviendo a la mitología griega, recuerda ahora a Adonis, atacado por el dios Marte (Ares) convertido en un furioso jabalí, que le hiere gravemente una pierna, por lo cual “el amante de Venus (Afrodita), desangrado, pálido, muere en los brazos de la diosa, que le da sepultura para resucitar”. (p. 60) En efecto, *bachac*, pierna (turco); *bachaco* (*Atta*, *cephalotes*, etc.), hormiga grande (tunebo)²⁴ (p. 60); *bacho*, corto (griego)²⁵; *Bachoraregue*, nombre de las constelaciones de Orión, de las Híadas y la Tortuga en idioma de los indios bororo de Matto Grosso, o sea, el héroe de la pierna rota o cortada, o el *Bachumaina*, dios mutilado de los indios macushi.²⁶

23 Job no era hebreo, sino idumeo.

24 “Para los indios, como para los griegos, las hormigas pueblan los infiernos o la otra vida, adonde llevan las almas de los muertos”.

25 El autor aquí altera la etimología griega; en efecto, *brachýs* (βραχύς), corto, no es lo mismo que *bacho* (βαχός), Baco.

26 Más adelante (p. 62) dirá: *Bakuru*, viento en bororo, según Stein, y *Bakur* es el Orión en wapisana, el dios de la pierna cortada; *Bacunaima*, en macusi, dios de la cabeza de danta...”.

Sigue otra página de etimologías, para demostrar que *Bacab* fue crucificado, lo cual estaría expresado en su nombre. Por ejemplo: “*bacao*, palo, árbol, en caquetío, con referencia al dios crucificado *Bacab*” (p. 61), y refuerza este concepto con términos tales como: *barbacoa*, palos trabados (caquetío), *bar*, sol (pano, de Suramérica), *barana*, cielo (sáliva), “*Baracocha*” o Viracocha, “dios hijo de los antiguos peruanos”, y una docena de voces más, entre las cuales aparece “*Bar-Jona*, apellido de San Pedro, según la leyenda”.²⁷

En cuanto a la muerte de *Bacab*, el autor añade: “El dios de la luz es llevado por un animal carnívoros, perro, como en Grecia, Egipto, Tibet, América, o por un zorro, lobo, tigre, oso, halcón, águila, etc., o por una serpiente, o simplemente desaparece en una nube o en un carro de fuego”. (p. 61)

Como siempre, la afirmación anterior se respalda con una serie de etimologías, como: *bakiri*, zorro (viceyta), o chivo (hindostani); *bákira*, báquiro, jabalí americano (caribe); *bakoro*, chivo (bambara); *bakiara*, humo (tunebo); *bakasita*, cuervo o zamuro (sínsiga) y águila (tunebo); *baki*, negro y boca (hausa), *bakasa-ya*, negro (tunebo). En particular: se destaca *bakua*, serpiente, en maropa y tacana. La razón es que, “según la teogonía de los indios, esta serpiente sagrada de la noche, *Bacua*, pone un huevo mitológico, o se lo traga; aludiendo a tal creencia, véase el mound de la serpiente tragándose el huevo, en Ohio, o de la serpiente que se traga el ave en el Orinoco”²⁸ (p. 62)

Antes de proseguir, recordemos que Julio César Salas está explicando los elementos herméticos u ocultos que integran la palabra *Hurakán*, que descompuso en HUR-AC-KAN, y que se encuentra todavía ocupado con el segundo elemento, es decir, AC.

Al respecto, señala que “según la teogonía de ambos hemisferios, el dios del fuego y el dios del agua son dos serpientes opuestas o que se combaten, sea en el caduceo de Mercurio, o sea la serpiente de dos cabezas que trata de picar a Baco, y que este mata con la raíz milagrosa”. (p. 62)

Una vez más, el autor recurre a las etimologías, para demostrar su aserto. En efecto: *aca*, mapanare (*Lachesis muta*, etc.), en maco, y *ac*, piedra (terraba),

27 *Bar Jona* no tiene ninguna relación con las etimologías anteriores, y significa “Hijo de Jonás o de Juan”, en arameo. (Ver: Mt 16, 17; Jn 21, 15)

28 El autor se refiere al famoso petroglifo de la Piedra Pintada, cerca de Átures. Es cierto que allí se ve una larga serpiente, un ave, un caimán, un hombre y otros objetos, pero la serpiente mira hacia arriba, mientras el ave está debajo y detrás de ella. Luego la serpiente no se traga el ave.

“pues el dios Apolo está figurado al principio, tanto en Egipto como en Grecia, por la punta o pirámide, de donde la raíz griega *ac*, que significa punta, como *ac* en rumano equivale a aguja”.²⁹

Pasa luego a *acab*, noche (quiché y pocomchi), *acada*, cubrir, ocultar (Sánscrito), *cádere*, caer (latín), caer, ocultarse el sol (español), *cadiella*, perra o cachorro.³⁰ En particular, afirma: “Absalón, como Salomón su padre, son voces hebreas que significan luz; Absalón, de larga cabellera rubia, muere de ella suspendido a un palo, de una lanzada en el costado, por haberse rebelado contra su padre, a quien sucede Acab, otro hijo de Salomón, que sigue a este como la noche al día”.³¹ (p. 63). En efecto, prosigue el autor: *acab*, noche (quiché y pocomchi), *acabal*, noche (zotzil), *acabee*, nieve, hielo, viento (alakaluf), *acabaray*, buitre (en Argentina), *acabir*, acabar (árabe), y desde luego, “*acabable*, *acabado*, *acabo*, etc., del español, así como el arcaico *acabtar*, que corresponde a agarrar, capturar”. (p. 63)

Prosiguiendo con las etimologías, Julio César Salas encuentra que *aca*, entre otras cosas, en chibcha significa nueve, o noveno mes, cuyo símbolo es un sapo, expresión “para nosotros, de la acción del fuego, o sea, la reproducción, pues el sapo, símbolo del sol y del fuego, entre lo indios simboliza también el agua y la lluvia fecundadora”. (p. 64)

Lo anterior resalta por: *acaya*, *akaya*, cama, pira funeral, y *acacaya*, “devorador de las casas”, o fuego (sánscrito), *acayec*, calor (puinave); pero también, *ach* o *achem*, agua (celta), *achefa*, lavar, lavarse (chóctaw), *acelal*, cieno o

29 La raíz *ac* aparece tanto en griego (ακμή, punta), como en latín *acus*, aguja, que se vuelve *ac*, aguja, en rumano.

30 En efecto, la forma antigua castellana *cadiella* procede del latín *cátula* o *catella*, perrita, cachorra, pero no vemos el por qué de su presencia aquí. En todo caso, el radical no debe ser *cad-*, sino *cat-*, porque se origina en una voz latina, que explica perfectamente su significación.

31 Tal vez en ninguna parte como aquí es evidente que el autor, en su empeño por demostrar sus ideas teogónicas, falsea la verdad histórica y lingüística. En efecto, *Absalón* no era hijo de *Salomón*, sino que ambos eran hijos de David, y murió porque huyendo por un bosque en una mula luego de ser derrotado por el ejército de David, su larga cabellera se enredó en la rama de una gran encina, de la cual quedó colgando, y fue muerto por Joab, general de los ejércitos reales. En segundo lugar, el nombre de ninguno de los dos conlleva la idea de “luz”, sino que Absalón (*Ab-shalom*) significa “Padre de la paz”, y en el nombre de Salomón es también evidente la voz hebrea *shalom*, paz. Finalmente, a Salomón no le sucedió Acab “como la noche al día”, sino su hijo Roboán (3 Re. 11, 43), y a este su hijo Abías (3 Re. 14, 30).

barro (zotzil), *nahr, baha*, río (en árabe de Egipto), y *nahr, oued*, río (en árabe de Argel).

Apoyándose en todas las consideraciones anteriores, Julio César Salas afirma que, así como en Grecia, Asia Menor y Egipto se recordaban entre llantos y grandes demostraciones de dolor, los tormentos y la muerte de Dionisos ³², Adonis y Osiris, “los chibchas de Sogamoso celebraban una fiesta, o más bien, duelo, por la muerte de Chiminigagua, el Hijo del Dios grande, dios creador de la luz o el sol. Se celebraba al fin del año: doce sacerdotes llevaban sobre la frente un pájaro pequeño, y con guirnaldas y mantos encarnados rodeaban a un sumo sacerdote vestido con un manto azul, marchaban cantando melancólicas endechas sobre la muerte y eternidad, salmodias que terminaban haciendo prorrumpir a actores y espectadores en lamentos y lágrimas, terminando todo con un reparto de chicha ordenado por el cacique, y quedando como en Grecia, ahogadas las acerbas penas.

Fiesta muy parecida a la anterior celebraban los mayas de Guatemala y los toltecas de Yucatán en honor de Quetzalcóatl, según Landa y Burgoa: los sacerdotes portaban el pájaro simbólico y una especie de cruces o báculos de espigas o formas de cruces latinas rameadas, como aparecen en las ruinas del templo de la Cruz, Palenque, etc.: instrumento ritual usado también por los chibchas, pues era la Cruz o árbol en que moría Absalóm”. (!?) (p.67)

Con lo anterior el escritor merideño da por concluido su análisis de AC o ACA, segundo elemento de la palabra “*Hur-ac-kán*, dios trino maya quiché: fuego, agua y viento”. (p.68) A partir de aquí comenzará a estudiar el tercer elemento, es decir, KAN, que significaría “viento”. Sin embargo, lo asocia en primer lugar con *can*, perro (*canis*, en latín), y con el *Can-cerbero* ³³. En efecto, dice, Anubis, perro chacal, guía al dios muerto al infierno, ya que en su nombre el autor encuentra los elementos *am*, *an*, noche (cacchiquel), *ama*, ocultarse un astro (kalina) y dormir (choroti), *anabal*, entierro (tuareg), *ana*, tarde, crepúsculo (guaraúno), *anacara*, perro (aimará).

Volviendo ahora a la exposición conceptual, Julio César Salas declara: “Las teogonías asignan a este tercer dios la cualidad de jefe de ejército, que tiene poder o facultad como viejo o como sabio, mente, espíritu o viento, que se traduce en

32 En Atenas dio origen a la representación de la tragedia griega.

33 Perro guardián del más allá. Según una versión de la mitología griega, tenía tres cabezas perrunas entremezcladas con víboras.

luz, claridad, fulgura en la piedra de rayo y es un dios-serpiente, que [lo cual] encierra el [concepto de] dios del fuego y del agua, simbolizado por el conejo en la faja del zodíaco, y por tanto es opuesto al otro dios, como Sit-tifón es opuesto a Osiris y Horus. Las teogonías americanas dicen que es una cuerda de arco o el mismo arco de flechas, un sedal o cuerda de pescar, la piedra seca que fija el puente de cabuya que atraviesa el río, o el horno o budare, correspondiéndole el color rojo y amarillo de la tierra seca o estéril del desierto, como el bastón o caña y el cuerpo del animal muerto y del cadáver, pues Tifón guarda, entierra y oculta el cadáver de Osiris". (pp. 68-69)

De aquí en adelante el autor nos conduce por ocho densas páginas de etimologías, para demostrar todos los posibles significados "del fonema *Can*³⁴ en diversos idiomas de ambos hemisferios", a saber: *can*, viejo (tinglingt, de Norte América), poder (inglés), jefe (turco), juez (mucuchí), luz (maya), como *cana*, luz (omagua), luciérnaga (guajiro), y *kam*, relámpago, brillo (bretón). Además, *kana-ati*, arco de flechas (macu), *kanakene*, flecha (fueguino).

Los indios también dicen que el dios del rayo lanza flechas o piedras, por lo cual: *kan* es piedra (mucu o timote), siendo así que en Mérida, Venezuela, "*can* son las piedras secas que afirmaban los palos del puente de cabuya de los indios y hoy designa el cimientito de piedra de cualquier puente de madera" (p. 70), pero obsérvese además: *kang*, piedra (brunca, de Centro América), *kameni*, piedra (ruso), *kamieu*, piedra (polaco), *kammui*, guijarros (ruso), y *kana*, caña (vasco y polaco), *canna*, caña (latín), etc.

En tercer lugar: *kan* es serpiente (maya y guajiro), y *curricán*, sedal fuerte para pescar (caribe).

"Serpiente" por excelencia es el Pitón (*Pythón*, en griego), llamado *pita*, culebra de agua, en Brasil, es decir, "la mítica serpiente que vomita llamas, formada del limo del diluvio, y que siendo la oscuridad o el diablo, Apolo la mató a flechazos, o rayos de luz". (p. 71)

En América, "*Pitaxoo* —prosigue el autor— es el dios del terremoto en zapoteca, y para los indios es una gran serpiente que existe bajo la tierra, que al desenvolver sus anillos causa los temblores. Los indios jíbaros y otros hablan de esta gran serpiente que ocasionó el diluvio; mito semejante al griego tenían los sálvas del Orinoco. Otros indios, como los chibchas, aztecas, mayas, etc.,

34 Propiamente, *fonema* equivale a sonido. En el caso de *C-a-n* hay tres sonidos o fonemas, que en conjunto constituyen una *silaba*.

al igual que los egipcios de Tebas, decían que esta gran serpiente o pythón tenía cuerpo de boa y cara de mujer: la serpiente Sit egipcia, que se tragó el disco del sol”. (p. 71)

En efecto, Pythón en fenicio era *Shit-typhón*, el principio del mal, o sea, Satanás (*sitán*, en árabe de Egipto), el mismo que mata a Osiris y combate a Horus y está representado por el color rojo y amarillo de la tierra estéril, es decir, una vez más: *kan*, arcilla o tierra roja (maya), madero, leño, bosque (sioux), maíz (puinave), mientras *kana* equivale a maldad y muerto (choroti); pero, *caney*, casa (taíno y mucu o timote), que corresponde a *khane*, casa (persa).

Derivado de *kan*, madero, es *canoa* (fenicio e indios de Haití) y *kayak*, canoa (algonquino), mientras *can*, pote o vasija (inglés), y *kanarí*, vasija de barro (caribe antillano). Estos dos significados, “canoa” y “vasija”, aparecen en otros treinta idiomas. (p. 74-75)

También *kan* es agua (kakobo, de Sur América), mientras *cani*, llover (cabecara); pero *cani* también dolor (maipure), ayer (quichua)...., y a la inversa, *ayer* “es agua en malayo, y en español, a su vez, raíz del verbo *ayermar*, o sea, convertir en yermo”. (p. 76)

Al llegar aquí, Julio César Salas, una vez más, expresa su inconformidad con el Diccionario de la Real Academia española de la lengua, que deriva el “ayer” castellano del latín *ad-heri*, “a-ayer”, tanto más que le encuentra analogía con *ayehman*, ¡ay, dolor! (chóctaw). Además, *ayer* es agujero o hueco (cabecara y viceyrta), “pues el día, según la mitología egipcia, desaparece por un hueco, por donde se desliza” (p. 76), y “deslizarse” en kalina es *ayelumu-lumimo*. Entonces, concluye el autor, tenemos la explicación “de la palabra *foros*, que le corresponde al diablo en griego, el escotillón o puerta del cielo”. (p. 76)

El autor tiene una última espina que sacarse con el Diccionario de la Academia de la lengua española, según el cual *caninos* son los dientes del perro (*canis*, en latín), mientras, según Julio César Salas son “los dientes delanteros prominentes de los conejos, mas no de los perros”. (p. 77) En efecto, argumenta, *kanin* es conejo en sueco y danés, mientras es *kaninchen* en alemán.

CONCLUSIÓN

En el siglo XIX estaban planteadas dos teorías básicas acerca del origen de las palabras de un idioma. La primera, de orientación clasicista y que tuvo su auge a partir del descubrimiento del sánscrito por parte de los estudiosos europeos, sostenía que todas, o casi todas las palabras tienen un radical lógico, que permite descubrir en los vocablos de una lengua actual, inclusive después de milenios de distancia, la lengua antigua de la cual se originó: teoría defendida, entre otros muchos, por E. Grimm y el Prof. Max Müller.

Sin negar la gran parte de verdad que hay en esto, lo cierto es que en pueblos ágrafos, como es la mayoría de los que Julio César Salas trae para defender su tesis de que “todo es uno en religión y lengua”, o en los estratos sociales bajos y analfabetos o ágrafos a los fines prácticos, de las sociedades con escritura, la arbitrariedad y las circunstancias históricas fortuitas pueden crear palabras nuevas o cambiar la carga semántica de las ya existentes en forma tal, que de hecho ya no se pueden asociar con el término que las originó. Esta postura es defendida, entre otros, por el propio Herbert Spencer, quien la ilustra con la palabra griega *aspáragos* (“no ramificado”), que los cultivadores y expendedores de hortalizas londinenses, guiándose por el oído, “tradujeron” al inglés como *sparrow-grass*, “hierba de los pájaros” o de los gorriones.

En el s. XIX la instrucción en Venezuela era eminentemente retórica y clasicista, porque se consideraba que el que supiera hablar o escribir en buen latín era apto para desempeñar los cargos públicos. Eso explica por qué los autores nacionales se adherían a la primera postura expuesta arriba; y como nada cierto se sabía acerca del origen de los pueblos americanos, trataban de resolver ese enigma guiándose por semejanzas fonéticas, esperando así poder salir del laberinto de las lenguas americanas.

Es el caso que desde los primeros contactos, Cristóbal Colón se dio cuenta de la frecuencia de la sílaba HUA (transcrita como GUA en español, OUA en francés y WA en inglés) en el idioma de los indígenas, tanto es así que aparecía en el nombre de la primera isla que encontró, Gua-nahani, que él llamó San Salvador.

Tulio Febres-Cordero da una lista de más de setecientos nombres americanos de lugar, desde Canadá a la Patagonia, en que aparece, generalmente al principio, la sílaba HUA (como en: Wachita o Ouachita, Otawas, Guanare, Guajira...). Arístides Rojas enfatiza sobre el mismo punto, pero no llega al extremo

de afirmar que esta sílaba en todas partes significa lo mismo; al contrario, solo para el quechua le da a *hua*- varios significados diferentes, y deja para lingüistas más acuciosos e informados la tarea de desentrañar el significado de esa sílaba, común a los idiomas más disímiles, “en los cuales la más sencilla expresión, el radical, está representado en muchos casos, por una sola letra.”³⁵ De todos modos, fiel a su enfoque academicista del problema, plantea que “la voz *gua* parece ser el punto de partida en este género de investigación histórica, el hilo de Ariadna que guíe a los americanistas por el inmenso laberinto de las tribus indígenas hasta dar con la unidad de origen y el conocimiento cierto de la primitiva raza pobladora.”³⁶

La verdad, sin embargo, es que no abundaban entre los conquistadores quienes se preocuparan por esas minucias lingüísticas; y entre ellos ciertamente no se encontraban los que sometieron nuestra Cordillera Andina.

Cuando los hispanos se aposentaron en los valles del Chama y del Motatán, que hervían de gente, ya que los indios estaban entregados al cultivo de la tierra, que les proporcionaba generosos recursos de sobrevivencia, entre las primeras provisiones que tomaron las autoridades coloniales una fue la de prohibir el uso de los idiomas indígenas, como un efectivo recurso para hacerles olvidar a los indios sus antiguos cultos paganos; y los alguaciles de la Santa Hermandad y los curas doctrineros recorrían cerros y campos y se ponían al acecho, para sorprender y castigar al indio o a la india que no hablaran en la lengua de Castilla.

No hubo tampoco en las clases “ilustradas” coloniales, hombres de letras que se interesaran por componer gramáticas y vocabularios de las proscritas lenguas locales, como sí los hubo en México, Guatemala, Perú, Paraguay, las Guayanas y, en Venezuela, entre los achaguas, los tamanacos y los cumanagotos. A pesar de eso, en sitios apartados se preservaron restos de los idiomas antiguos, tanto es así que Tulio Febres-Cordero recuerda con remordimiento que ya en plena época republicana, en Aricagua había un indio viejo que se paraba todos los días en la plaza y pronunciaba fogosos discursos en dialecto mucubache tratando de despertar en sus coterráneos los fantasmas dormidos de la lengua materna, pero en vano, ya que murió en 1894 sin que nadie de las nuevas generaciones se interesara en aprender a “hablar en lengua”, como se decía. Y a pesar de que hacía tiempo que las instituciones coloniales habían sido suprimidas, y todavía había oportunidad para recopilar siquiera algunos restos significativos de los an-

35 Rojas, A. *Estudios indígenas*, 1944, p. 78.

36 Rojas, A. *Estudios indígenas*, 1944, p. 53.

tiguos dialectos locales, las clases cultas en general mostraron un olímpico desinterés, hijo del desprecio, hacia lo autóctono. Por tal motivo, se da el absurdo que lamenta el intelectual trujillano Amílcar Fonseca, a saber: “Puédese explicar que *Trujillo* significa *Turris julia*, Torre de Julio César, por una que este Domador de las Galias levantara, allá unos veinte siglos atrás, en las tierras extremeñas; pero *Chejendé* y *Escuque* no darán razón por el nombre que llevan de sus aborígenes”.

Eso explica que los primeros autores nacionales que a fines del siglo XIX y comienzos del s. XX se preguntaban sobre el origen de los timoto-cuicas y el significado de los centenares de topónimos indígenas que salpican la región andina como un reproche ineludible y siempre actual, trataran de buscar su significación en el quechua, el guaraní, o inclusive en lenguas de otros continentes, sin otro asidero que la semejanza fonética. Eso era tan absurdo como querer explicar el elemento *pent-* (encerrar) de la palabra *pent-house* a partir del griego, ya que en ese idioma existe una voz que comienza igual, *pente*, cinco; y más absurdo sería llegar a la conclusión de que *pent-* en español significa “encerrar” y “cinco”. Sin embargo, el lector se habrá dado cuenta de que precisamente este es el procedimiento que sigue Julio César Salas en todo su trabajo.

Tampoco es lícito descomponer palabras simples, y que por lo tanto están construidas con un único radical significativo, para ver en ellas radicales que no existen. Por ejemplo, *camaleón* en castellano es una palabra simple, y solo como chiste se podrá descomponer en los elementos *cama-* y *-león*, términos que ciertamente son castellanos, pero nada que ver con el camaleón del caso presente.

Menos aún es lícito “crear mitos” a partir de palabras, como sería, por ejemplo, decir que “en los días de *sol* los militares juegan a los *dados*”; en efecto, se llaman “sol-dados”.

Sin embargo, una vez más, Julio César Salas usa sistemáticamente estos procedimientos para demostrar unos principios apriorísticos a partir de sonidos iguales o parecidos, no digamos del maya, del azteca o del quechua -según la lengua del pueblo, el significado del nombre de cuyos “dioses” analiza-, sino que para ello echa mano de cualquier idioma del planeta, vivo o muerto. En efecto, si observamos lo que afirmó arriba, a saber, que *kan* conlleva la idea de “dios del fuego y del agua, simbolizado en el conejo”, añade luego que en las mitologías americanas *kan* es “una cuerda de arco, o el mismo arco de flechas, un sedal o cuerda para pescar, la piedra seca que fija el puente de cabuya que atraviesa el río, y el horno o budare, correspondiéndole el color rojo y amarillo de la tierra

estéril del desierto, como el bastón o caña y el cuerpo del animal muerto” (p. 69). La razón de que *kan*, según el autor merideño, tenga tantos significados, es que en lenguas tan dispares y alejadas una de otra en el tiempo y el espacio, como pueden ser el fueguino, el bretón, el maya, el omagua, el guajiro, el inglés y el turco, encuentra palabras que comienzan con la sílaba *kan-* o *can-*.

Mucho peor, entendemos, es descomponer la palabra *María* para buscar el significado de M, MA y MARI en todos los idiomas posibles, para llegar a la conclusión de que: M o MA en 22 idiomas melanesios, micronesios e indonesios y dialectos del archipiélago de Bismark, en Oceanía, es un pronombre personal (yo, tú), mientras en persa significa “nosotros”, todo lo cual es completamente ajeno al asunto estudiado, además de que no dice cómo hace para demostrar que M, MA y MARI son raíces, es decir, elementos que explican el significado del nombre propio *María* (“Mariám” en hebreo), que es lo único que, desde el punto de vista lingüístico, es válidamente posible intentar. Menos justificación aún tiene el pretender buscar el significado de “María” -helenización bíblica de la *Mariám* hebrea, y tiene varios milenios de existencia- en la voz francesa *mariage* que, al igual que nuestro *mari-daje*, se originó en la Edad Media a partir del latín.

En segundo término, existen diferentes procedimientos para formar palabras nuevas. Los usuales en los idiomas del tronco indo-europeo son: la composición, como “saca-punta” (con dos radicales: *saca-* y *punta*), la derivación, como “limonero” o “violonista” (limon-ero, del radical *limón-* fruto cítrico, y *-ero*, sufijo que indica actividad o producción; violon-ista, del radical *violin-* y el sufijo *-ista*, que significa actividad o postura filosófica), y la parasíntesis, por la cual un radical queda encerrado entre prefijos y sufijos, como el elemento *-form-* en “in-con-form-idad”.

Ejemplos de composición pueden ser los setenta y ocho nombres indígenas de localidades andinas que comienzan en *mucu-* y que trae José Ignacio Lares. Nadie sabe, a ciencia cierta, lo que significa *mucu-*, pero el mismo Lares sugiere que puede significar “lugar”. En efecto, argumenta, existe el páramo de *Mucuchapí*, donde abunda el alumbre, que la gente del lugar llama “sal de páramo”; y como en el dialecto mucuchí *chapí* significa “sal”, es obvio deducir que *Mucuchapí* significa “Lugar de sal”. A la misma conclusión se llega en el caso de *Mucurubá*, donde la inicial *mucu-* (adaptación fonética española del timoto

mgo-) quedó reducida a *mu-*, ya que “*curuba*” es la conocida parcha o pasiflora dulce de los Andes.³⁷

No obstante, las lenguas americanas en general crean palabras nuevas por medio de la aglutinación, proceso en el cual se combinan y recortan varios radicales para que resulte otra palabra esencialmente eufónica. Por ejemplo, Amílcar Fonseca explica el nombre del río trujillano de *Miquimbox* como aglutinación de *Miquia* y *Mimbox*, los nombres de las dos quebradas que lo originan; pero con la advertencia de que en lugar de decir “*Miquia-mimbox*” (lo cual sería una composición), los dos términos se aglutinan en *Miquimbox*, más eufónico. Otras aglutinaciones que trae el mismo autor son: *Betijoque*, de “*Bet-tit-shnopá*”, *Donde-el-fuego* (sagrado?); *Carache*, de “*Kas-aras-chi*”, *Indio-habla-no* (en efecto, el cacique Carache no era cuica, sino jirahara); *Motatán*, de “*Stimots-ustate-an*”, *De timotes-puerta-yo...*

Tulio Febres-Cordero informa que este mismo procedimiento era utilizado por los indios de los alrededores de Mérida. Como ilustración, valga la palabra *canisep*, cacique, hombre importante, que Febres-Cordero descompone en *caac*, hombre, *nis*, asiento, y *schef* o *sep*, poder, lo cual da el significado de “hombre donde se asienta el poder”: metáfora muy adecuada para designar a un cacique.

Es obvio que este proceder lingüístico presenta la dificultad de que a veces puede ser difícil percibir los radicales originales, que en la aglutinación quedan mutilados, y por lo mismo el que analiza la palabra propuesta debe poseer un conocimiento más que mediano del idioma al que pertenece. Con esta dificultad se encuentra el mencionado Amílcar Fonseca al explicar el significado de *Kchutá*, el Ser Supremo de los cuicas. En efecto, en una ocasión lo analiza como: “*Kak-chut-taita*”, Indio de los pájaros padre, y más adelante como “*Kas-chuk-taita*”, Indio de la siembra padre, lo cual parece más probable, ya que se expresa la idea de “protector del cultivador de la tierra”.

Julio César Salas parece no sospechar siquiera que exista ese problema en cuanto al reconocimiento de raíces “aglutinadas” en vocablos autóctonos americanos, sino que, partiendo de la afirmación de Herbert Spencer de que el miedo está en la base de la religión y la organización social, y luego de establecer que lo

37 Julio César Salas, por el hecho de que “la desinencia Mucu” es la más característica en la toponimia de las tribus que ocupaban el macizo central de nuestra Cordillera de los Andes, llama Mucus a los indios que los etnólogos en general designan como Timotes. (Etnografía de Venezuela, pp. 18, 20-21). Observemos de paso que “Mucu” no es una desinencia (= terminación), sino un prefijo.

que causaba más miedo y espanto en los indígenas del área del Caribe y Centroamérica era el huracán con “los meteoros fuego del cielo o de lo alto, cuya voz es el trueno, y asimismo la lluvia, agua o granizo, y el viento, que es aire que viene, va y gira, es decir, camina”, encuentra natural que los maya-quichés llamaran *Huracán* al ser supremo, pero, además, él ve en ese nombre la raíz atmosférica de la concepción trinitaria de la divinidad suprema, integrada por Fuego, Aire, Viento, que actúan simultáneamente.

Lo anterior lo contradicen los propios nahuas, para quienes, como recuerda A. Rojas, Huracán es “Corazón de la mar, Corazón del cielo y de la tierra”; y es que los nahuas, dice el escritor caraqueño, “no podían concebir al Autor del Universo sino en el cataclismo, cuando se bambolean las montañas, cuando se estremecen los continentes, cuando el océano enfurecido, vertiginoso, terrible, se retuerce en la profunda cuenca que le sirve de prisión.”³⁸

Lo que no queda claro es si “Corazón del mar, Corazón del cielo y de la tierra” es el significado etimológico del dios *Huracán*, o se trata más bien de epítetos del Ser supremo: asunto que no resuelve A. Rojas, ni el que esto escribe está en grado de precisar. De todos modos, lo cierto es que aquí también tenemos una trinidad (mar, cielo, tierra) producida por el *huracán*, pero distinta de la propuesta por Julio César Salas, el cual, ahora, descompone en tres radicales diferentes la voz *Hur-ac-cán*, atribuyéndole a cada uno un significado dentro de la trinidad que él propone.

Para comenzar, *hur-* significaría agua (porque en diferentes lenguas hay palabras fonéticamente parecidas que significan: ríos, lagos o vasijas de barro (hechas mezclando agua con tierra y que sirven para contener agua), pero también fuego (como el latín *úr-ere*, quemar, y especialmente *Ur*, la ciudad caldea “del fuego sagrado”).

En segundo lugar, la sílaba *ac-* conlleva los significados de sacrificio, muerte y comida, porque, ahora también, en lenguas completamente distintas y no relacionadas una con otra, se expresa alguno de estos conceptos (como en la cumanagota *ayaca*), que supone recoger la mazorca de maíz, molerla -es decir, matarla-, y finalmente, comerla.

En tercer término, sin embargo, la sílaba *-kan*, que debería significar “viento”, la asocia con el latín *can-is*, perro, *cana*, luciérnaga en guajiro, *kan*, serpiente

38 Rojas, A. *Estudios indígenas*, 1944, p. 82.

en maya y guajiro, y *curri-cán*, sedal para pescar, en caribe, y otras muchas cosas..., pero sin que en ninguna parte veamos el sentido de “viento”.

Finalmente, ¿cómo explicar que en Centroamérica los mayas, ya antes de la llegada de los misioneros y catequistas españoles, le rindieran culto a la cruz, porque en ella murió *Bacab*, sacrificado por *Eupoco*, según los chiapanecas? Una vez más Julio César Salas ve en todo ello una metáfora del maíz, que es sacrificado para volverse comida del hombre (ya que en egipcio *Bacab* o *Vacab*, una oreja de vaca, es símbolo de la alimentación), pero también para volverse chicha, ya que en *Bacab* ve cercanía fonética (y por tanto, “hermética” o conceptual) con *Baco*, el dios del vino.

Todo este simbolismo, concluye el autor, dio origen a los cultos de los aborígenes americanos, análogos a las festividades de Adonis y Baco en el mundo mediterráneo, es decir: si por una parte los yucatecos celebraban la fiesta de Quetzalcóatl, el sagrado Quetzal-Serpiente, por la otra, entre los chibchas existía la celebración de la muerte de Chiminigagua, el Hijo del Dios grande, que es el maíz, y los sacerdotes desfilaban cantando endechas y con unos báculos con forma de cruces rameadas, terminando las ceremonias con bebezones de chicha, para ahogar el dolor por la muerte de esos “dioses” bienhechores.

Como lo advertimos, no criticamos la teoría del surgimiento de los cultos indígenas americanos -asunto de la antropología-, sino la arbitrariedad con que Julio César Salas establece los tres supuestos radicales de *Huracán* e identifica lengua y religión, afirmando que “todo es uno en religión y lengua”.

En sus esfuerzos de demostración, además, comete errores evidentes de lengua, como decir que *apogamie*, o reproducción vegetal por acodos, sin intervención sexual, “es una aglutinación greco-francesa”, lo cual es falso, ya que se trata de una “composición” (*apo-gamia*, sin unión sexual), donde los elementos constitutivos son evidentes; pero además la cita precisamente para asociarla con *imapoa*, cuyos significados “desposar” o “casarse”, en chóctaw, son contrarios a la *apogamia*. Otro evidente error etimológico comete el autor cuando dice que el prefijo *is-* en la voz griega *isagogué*, entrada, introducción, significa *Isis*. La realidad es que simplemente se trata de la preposición *eis*, “hacia adelante” o “hacia adentro”, que hoy se pronuncia *is*.

Una seria trampa etimológica consiste en que un radical cualquiera puede sufrir alguna ligera variación fonética por exigencias del idioma, pero sin que se altere el significado básico de la palabra (*barb-a*, *im-berb-e*; *a-salt-o*, *in-sult-o*);

otras veces, en cambio, la mínima variación es suficiente para que un hablante comprenda que se trata de radicales distintos (*ajo*, *ojo*; *barro*, *berro*, *burro*). Algo de eso le sucede a Julio César Salas, cuando asocia con “hur-acán” la palabra caribe guayanesa *Irokán*, “dios de la tempestad”. En efecto, por los trabajos del Fr. Antonio Caulín y de Fr. Matías Ruiz Blanco sobre el cumanagoto, y lo que dice el P. Gilij de los tamanacos, sabemos que ese vocablo es una variante del cumanagoto *iboroko*, zorro, base lingüística de *iboroquiamo*, diablo (propriadamente: Gran Zorro), de donde sale el *irokán* que cita el autor merideño, ya que los pueblos de raza caribe llamaban así al demonio, porque solía aparecerse a los piaches bajo forma de zorro negro. Si luego los caribes asociaban el diablo con el huracán no era por semejanza fonética entre Huracán e Irokán, sino porque lo temían mucho, y por esta razón para ellos *Irokán* era el “dios de la tempestad”; pero esto es ajeno o contrario a lo que quiere explicar el autor, a saber, que en el *Hurakán* está la génesis de la trinidad suprema -que no del diablo- para los maya-quichés.

Con lo anterior también pretendemos demostrar lo delicado que puede ser identificar un radical dentro de una palabra cualquiera del idioma; tanto es así que, en caso de que una misma palabra tenga dos o más significados, no siempre se puede decir que un mismo radical significa cosas diferentes, sino que se trata de dos o más radicales inicialmente distintos, que por una casual evolución fonética convergente, terminaron con formas fonéticamente semejantes. En esta trampa cayó Julio César Salas cuando asoció las voces *ayer* y *ayermar*. En efecto, *ayer* se originó en latín (*ad-heri*), y como adverbio es invariable, es decir que todo él es un radical, mientras en *ayermar* el radical es *-yerm-*, y se originó del griego *érem-os*, que produjo en castellano otras dos voces : *erm-itaño* y *erm-ita*. Por lo tanto, es un grave error etimológico decir que *ayermar* (volver un desierto) se deriva de *ayer* (el día pasado).

Más grave todavía es asociar el español *ayer* (que dialectalmente entre nosotros a veces suena “ayel”) con el kalina *ayelumum-lumimo*, deslizarse, o con el *ayer*, agujero o hueco, entre los cabecaras y aviceytas. Sin embargo, del errado acercamiento etimológico anterior Julio César Salas saca otro, más errado todavía. En efecto, dice triunfante que de este modo también encontró la “explicación de la palabra *foros*, que le corresponde al diablo en griego”, y significaría “escotillón o puerta del cielo”. (p. 76) El autor, para decir esto, debía estar informado del nombre bíblico griego del diablo, es decir, *Phos-phoros*, Portador de luz (*Lúci-fer* en latín) o Lucero; y como sabía que *phos* significa luz, y que en latín existe la voz *forum*, agujero (de donde nuestro “per-forar”), que se parece fonéticamente

a “foros”, concluyó que tienen el mismo significado, de lo cual concluye que el diablo es el hueco o la puerta del cielo: conclusión completamente absurda.

Dentro de los fenómenos lingüísticos se da también la posibilidad de que un mismo elemento tenga cargas semánticas opuestas dentro de un mismo idioma. Un ejemplo típico es el prefijo *in-* (que a veces se vuelve *en-* en castellano), que en general es negativo en todas sus variantes (*in-finito*; *im-posible*; *ir-real*; *en-emigo* = no amigo), mientras en otras oportunidades refuerza el sentido básico de la palabra (*in-tenso* = muy tenso; *im-pulso* = *em-puje*). Suponemos que en todos los idiomas se dan casos parecidos, y que Julio César Salas no habrá reconocido, en las lenguas polinesias que menciona o en bretón, algunos radicales modificados que, en cambio, le hubieran sido muy útiles para reforzar su planteamiento lingüístico-religioso.

No se debe olvidar tampoco que, como el castellano procede del latín, con el paso de un idioma a otro algunos radicales quedaron invariados (*e-voc-are*, *in-voc-are*, *re-voc-are*, *con-voc-are*, *pro-voc-are*; *e-voc-ar*, *in-voc-ar*, *re-voc-ar*, *con-voc-ar*, *pro-voc-ar*), mientras en otras ocasiones sufrieron transformaciones fonéticas ligeras (*ad-voc-atu*; *a-bog-ado*) o muy profundas, a tal punto que inclusive se crea un radical distinto (*Caesaraugust-a*, *Zaragoz-a*; *horologi-um*, *reloj*), que hace difícil reconocer la palabra de origen. De allí el peligro de acumular palabras de sonido parecido, pero de distintos idiomas que no se conocen sino rudimentariamente, pensando que una palabra cualquiera, especialmente si es una sílaba dentro de un vocablo bisílabo o trisílabo, significa “herméticamente” lo mismo que el término de otra lengua, con la que se compara.

Otro asunto que el autor merideño descarta como principio, pero es fundamental para explicar el significado de una palabra, es la historia de la lengua. Si está profusamente documentado que “canino” procede del latín *caninus*, y este de *canis*, perro, no se puede rechazar esta realidad para empecinarse en sostener que *caninos* son “los dientes delanteros prominentes de los conejos, mas no de los perros”, por el hecho de que “canino” suena parecido al sueco y danés *kanin*, conejo, y al *kaninchen* o conejo alemán, cuando el castellano no tuvo casi ninguna relación histórica con esas lenguas. Además, es un irrefutable hecho de anatomía que los dientes prominentes del conejo a que se refiere el autor no son caninos, sino incisivos.

Por otra parte, dentro de un mismo idioma puede haber palabras que en apariencia tienen la misma raíz, pero esta posibilidad se debe descartar, porque sus significados son completamente distintos. Un caso típico en nuestra lengua

se da entre los términos *forma* y *formidable*, que proceden del latín *forma* y *formidabilis*, manteniendo en ambos idiomas un significado análogo, siendo así que *forma* es un nombre primitivo, que origina el adjetivo *formosus* (hermoso), mientras *formidabilis* en latín procede de *formido*, miedo. Véase entonces que “hermoso”, a pesar de la aparente diferencia fonética, tiene relación directa con “forma”, mientras “formidable” no tiene ninguna; es decir, que también en cuestiones de etimologías a veces las apariencias engañan. Este peligro es mucho mayor cuando la semejanza fonética se da entre palabras que pertenecen a idiomas distintos. Sería un error muy grave, por ejemplo, decir que el *pan* (sartén) del inglés es el *pan* del español, o que en el vocablo griego *pan-oplia* (armadura completa) está presente el concepto de “pan”. Este mismo error lo cometió el buen S. Isidoro de Sevilla hacia el 630 después de Cristo, cuando decía que en hebreo se hallaron palabras latinas, como *sémel*; pero es el caso, una vez más, que se trata de una coincidencia fortuita, y por tanto, una falsa etimología, ya que el *sémel* (una vez) latino no tiene nada que ver con el *sémel* (altar) hebreo.

¿Y qué decir de la afirmación de que en las lenguas americanas, *Ar*, *Ara*, *Are* corresponden al “dios Sol, que sube en el horizonte y se alza como la *are*-pa del bud-*are* c-*ar*-ibe”, para sacar la consecuencia de que *naz-ar* es “propina para comer y beber” en indostani, y “ver” en árabe; y a su vez, es raíz de *Naz-are*-no y representa “el Dios de larga y apolínea cabellera de luz, que se ofrece como sustento de cada día”? (p. 37)

Más absurda, por antihistórica, es la afirmación de que las cruces rameadas, según el estilo de las cruces de las ruinas de Palenque, y como las que usaban cuando desfilaban procesionalmente los sacerdotes chibchas “era la Cruz o árbol en que moría Absalón”. En efecto, el autor ve en Absalón, de larga cabellera rubia, un símbolo solar; e inclusive según él era una “cruz” la rama de la tupida encina de la cual el hijo usurpador del reino de su padre quedó colgado por los cabellos mientras huía en una mula derrotado por el ejército de David. Además de que Absalón, muerto en esas circunstancias, no puede ser ningún símbolo solar, ¿cómo pudieron conmemorar la muerte de Absalón los indígenas americanos antes de la llegada de los curas doctrineros que los informaran de la misma?

Por último, se observan adulteraciones intencionales de algunos términos y hechos históricos, para que encajen dentro de lo que el autor quiere demostrar. Casos evidentes son, por ejemplo, insinuar que en *Chiquinquirá*, nombre indígena de lugar en Colombia, el elemento “chiqui” es una abreviación de la palabra castellana “chiquito”, lo cual justificaría que la Virgen de Chiquinquirá lleve

al Niño o “Chiqui” en los brazos; o bien afirmar que los indígenas americanos conocían la cruz antes de la llegada de los españoles, ya que el término “cruz” existe y significa lo mismo en español y en más de veinte idiomas y dialectos centroamericanos y de Venezuela, cuando se sabe que los misioneros españoles no traducían esta palabra, y menos el término “Dios”, ya que, en primer lugar, no había equivalente en los idiomas de los indios, o para evitar malos entendidos. Por otra parte, cada idioma tiene sus peculiaridades fonéticas, y una misma palabra, en boca de hablantes de lenguas diferentes puede deformarse en forma tal, que se vuelva irreconoscible. Véase las formas como, según el P. Gilij, pronunciaban la palabra “Dios” los miembros de unas tribus del Orinoco Medio: los avanes decían *Diosu*, los maipures *Piosu*, los tamanacos *Tiochi*, los parecas *Iloshi*. La razón era que en ninguna de estas lenguas había palabras terminadas en consonante, y en cada una faltaba alguna letra del alfabeto castellano. Por ejemplo, solo en la lengua de los avanes existía D, en la de los tamanacos no existía D ni S, los parecas no tenían ni D ni T, y la S sonaba SH.

Terminaremos señalando que el mismo Julio César Salas, en su bien documentada *Etnografía de Venezuela*, donde habla de las religiones del Nuevo Continente, afirma que las mismas causas que motivaron el surgimiento de los cultos idolátricos de los americanos, también originaron la formación del lenguaje. Sin embargo, añade: “los dogmas impuestos a la razón humana por el miedo gozan de una permanencia tal o inmovilidad, que pueden considerarse cristalizados en forma tan durable, que el lento transcurso de los siglos apenas desgasta sus aristas, en tanto que el lenguaje está sometido a leyes evolutivas, progresivas y regresivas de ciclos más cortos, durante los cuales se inventa, se transforma, se olvida, se simplifica o complica el acervo primitivo lingüístico...”³⁹ Y peor todavía, en el libro sobre *Los indios Caribes* fustiga a los que “desfigurando la historia y la etnografía, tergiversando la verdad o dándoselas de adivinos y etimologistas *sui generis*, suman al fárrago novelesco obras destinadas a entretener espíritus tan superficiales como los de tales autores”⁴⁰, afirmación que, en el campo lingüístico, a nuestro pesar nos vemos obligados a aplicar al propio Julio César Salas. Por añadidura, en su trabajo parece desconocer el significado de términos tan elementales como *prefijo*, *desinencia*, *fonema*, *hemisferio*, lo cual denota una grave deficiencia de formación lingüística.

39 *Etnografía de Venezuela*, p. 61.

40 *Los indios Caribes*, p. 23.

La conclusión obvia de todas las consideraciones anteriores es que no consta que haya correspondencia entre la religión y los lenguajes de los aborígenes americanos, y desde luego, menos aún entre las mitologías americanas y las lenguas de Europa, África, Asia y Oceanía. El propio autor, como vimos arriba, critica con palabras muy duras a los que pretenden hallar semejanzas entre los idiomas americanos y los de otros continentes. Sin embargo, ese es el procedimiento que él mismo emplea en todo su trabajo. Lo más lamentable es que, con ese propósito, como él dice, haya hurgado durante veinticinco años en los idiomas más dispares y alejados uno de otro, para tratar de demostrar su absurda tesis de que "todo es uno en religión y lengua".

BIBLIOGRAFÍA

- Civrieux, Marc de. *Watunna*. Caracas, Monte Ávila ed. 1992.
- Febres-Cordero, Tulio. *Estudios sobre etnografía americana*. Mérida, 1892.
- Fonseca, Amílcar. *Orígenes trujillanos*. Caracas, 1955.
- Isidori Hispalensis Episcopi. *Etymologiarum sive Originum Libri XX*. Oxford, Oxford Classical Texts, Vols. I-II., (1911), 1988.
- Lares, José Ignacio. *Etnografía del Estado Mérida*. Mérida, (1883, 1907), ULA, 1950.
- Ragucci, Rodolfo. *El Habla de mi Tierra*. Buenos Aires, 1963.
- Real Academia Española. *Esbozo de una Nueva Gramática de la Lengua Española*. Madrid, Espasa-Calpe, 1973.
- Rojas, Aristides. *Estudios indígenas*. Caracas, Bibl. Cec. Acosta, 1944.
- Salas, José Ignacio. *Estudios americanistas*. Caracas, Fund. J.C. Salas, (1934), 2000.
- . *Tierra Firme (Venezuela y Colombia)*. Caracas, (1908), Fund. J.C. Salas, 1997.
- . *Los indios Caribes*. Barcelona, Esp., 1921.
- Seco, Rafael. *Manual de Gramática Española*. Madrid, Ed. Aguilar, 1975 (10ª ed.).

Spencer, Herbert. *La religión: su pasado y su porvenir*. Trad. de E. López Codina. Valencia, Esp., s/f.

———. *The principles of Sociology*, London-N.Y., 3ª Ed., 1876, Vol. I-2.